



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

¡Heil Gorman!

Brigitte se encuentra en Villa Tartaruga, pasando unos días con Número Uno, cuando recibe la noticia de que han acribillado a un compañero en Stuttgart. Inmediatamente se dirigen los dos hacia allí, y descubren una trama para desatar la Tercera Guerra Mundial y continuar con la matanza de judíos de la Segunda.



Lou Carrigan

¡Heil Gorman!

Brigitte en acción - 284

Archivo Secreto - 263

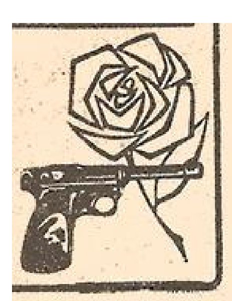
ePub r1.0

Titivillus 12.10.2019

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

1) Muerte en Alemania

La camioneta estaba detenida en la Danneckerstrasse, casi en las afueras de Stuttgart. Dentro del vehículo, dos hombres miraban por las pequeñas ventanillas de la doble puerta trasera. Aparentemente, no había nadie en la camioneta, que llevaba allí estacionada varias horas; había llegado conducida por un hombre ataviado con «mono» de mecánico, que la había cerrado y se había marchado.

Pero, dentro de la camioneta, fuera del alcance de cualquier mirada, habían quedado aquellos dos hombres, como encerrados, como olvidados, y que, hasta las siete de la noche, se habían limitado a dormitar, tendidos en sendas colchonetas. A partir de las siete de la noche, habían comenzado a mirar por las ventanillas, con todo el cuidado debido para no ser vistos ni siquiera casualmente.

Y a las ocho y cuarto en punto, es decir, a la hora convenida, apareció el primer hombre, a pie. Un hombre alto, que hacía lo posible por protegerse del frío, con un grueso gabán y sombrero.

—Ahí está Nick —susurró uno de los de la camioneta.

El otro se limitó a asentir, y a echar un vistazo a su reloj de pulsera, de esfera luminosa. Era lógico que el agente de la CIA Nicholas Ellison acudiese puntual a la cita que había concertado con el sujeto llamado Herman Stolz. Lógico porque, según Stolz, tenía algo muy importante que vender, una información absolutamente fuera de serie, y, para ello, había escogido como cliente a la Central Intelligence Agency norteamericana…

—Llega un taxi —dijo el mismo de antes, apenas un par de minutos más tarde.

El otro tampoco dijo nada, de momento. Miraba, por su ventanilla, el taxi que se había detenido a unos treinta metros de su compañero de la CIA, Nicholas Ellison. A los pocos segundos, del

taxi se apeó un hombre, que permaneció de pie en la acera hasta que el taxi se hubo alejado. Miró alrededor, y comenzó a caminar hacia Ellison, que permanecía inmóvil, mirándole.

—Bien… Y ahí tenemos a Herman Stolz, supongo —dijo el del reloj de esfera luminosa.

—Parece que todo está en calma.

—Mejor. Pero no nos descuidemos.

El hombre que había llegado en el taxi caminó hacia Nick Ellison sin prisas, como casualmente. Por fin, se detuvo ante él. No le dio la mano, ni el agente de la CIA inició gesto alguno en este sentido. Hablaron unos segundos, y comenzaron a caminar, alejándose…

—Maldita sea —farfulló el del reloj—. ¿Acaso Nick está tonto? Si se aleja, tendremos que tomar el volante, y entonces Herman Stolz se dará cuenta de que él no ha venido solo, como se convino.

—Nick arreglará esto, no te preocupes.

Efectivamente. Nick Ellison caminó alejándose, pero no mucho. Se volvió, el otro hizo lo mismo, y ahora comenzaron a regresar, acercándose a donde estaba estacionada la camioneta… Fue entonces cuando apareció el coche, un hermoso «Daimler» oscuro, cuya silueta fue identificada inmediatamente por los dos agentes de la CIA, apostados en la camioneta.

Para los alemanes, las ocho de la noche, y especialmente en las frías noches de invierno, ya es hora de estar en casa, o, al menos, recogidos en algún local, pero, evidentemente, no tiene nada de sorprendente un coche circulando a aquellas horas. Sin embargo, uno de los espías hizo un comentario:

—Lleva las luces apagadas.

—Y va tan silencioso, que seguro que Nick ni siquiera lo ha oído. No me gusta esto. Creo que deberíamos…

El «Daimler» aumentó la velocidad, de pronto, acercándose más deprisa a los dos solitarios caminantes. El primero en oír algo fue precisamente Nick Ellison. Vio el coche, se sobresaltó, sin duda alguna al funcionar automáticamente su sentido de la alarma, y llevó la mano derecha hacia el sobaco izquierdo… Del coche «Daimler» brotaron entonces los rojos puntos de luz, los cárdenos resplandores. No se oyó nada si acaso, el grito del agente de la CIA Nick Ellison al saltar hacia atrás, arrancado del suelo por las balas

que le alcanzaron. Fue a golpear de espaldas y de cabeza contra la fachada de una casa, y cayó de bruces, mientras su pistola, recién desenfundada, saltaba por el aire, lejos de él.

—¡Maldito puerco! —aulló uno de los de la camioneta, comenzando a abril las puertas.

En ese mismo instante, desde el «Daimler» disparaban contra Herman Stolz que, tras un instante de indecisión, iniciaba la carrera para alejarse en dirección opuesta a la marcha del coche. Una inteligente medida, porque siempre era mejor dejar el coche atrás que correr paralelo a éste, pero de nada le sirvió. Otros brochazos rojos refulgieron en la noche, y, ya abiertas las dos puertas de la camioneta, los dos hombres que saltaban de ésta oyeron claramente el chillido de terror y dolor de Herman Stolz, que saltó como un conejo, y continuó en la dirección de su marcha…, pero rodando por el suelo, lanzando salpicaduras de sangre a todos lados.

—¡Al parabrisas! —gritó uno de los espías.

Los dos comenzaron a apuntar hacia el cristal parabrisas del «Daimler», pero éste aumentó aún más la velocidad, suavemente, sin esfuerzo alguno audible por parte del potente motor, y los dos agentes de la CIA lanzaron un respingo, y se movieron para apartarse al ver el coche lanzado contra ellos, como un extraño monstruo, brillante y ciego.

La consecuencia de este movimiento de esquiva fue que los dos primeros disparos fallaron. Los chasquidos de los silenciosos disparos fueron absorbidos por la noche, el «Daimler» pasó muy cerca de los dos espías, y éstos, mientras alzaban nuevamente sus armas, vieron en el interior del coche, por un instante, a dos hombres. Uno de ellos, al volante, tocado con una amplia gorra de plato, que no permitía ver su rostro. El otro iba en el asiento de atrás, y su rubia cabeza fue visible una fracción de segundo a través del cristal de la ventanilla…, contra la que dispararon ambos a la vez.

¡Boíiinnnggg! ¡Bíiiiíiiiinnnggg! Hicieron más ruido los rebotes de las balas que los disparos. El «Daimler» continuó alejándose, en dirección al cruce de la Danneckerstrasse con las Etzelstrasse y la Hehenheimer, y cuando, tras el instante de estupefacción, los espías volvieron a disparar contra él, las balas rebotaron esta vez en la carrocería, sonoramente.

—¡La puta que os…! —jadeó uno de los espías.

El «Daimler» se empequeñeció rápidamente en la distancia, pese a que los espías dispararon ahora contra las ruedas traseras, tras haber comprendido que aquel coche estaba blindado, y que los cristales, naturalmente, también eran a prueba de balas…

El que había hecho mención de la madre de los hombres del «Daimler» intentó correr hacia la camioneta, pero el otro le retuvo por un brazo.

—Déjalo… ¿Cómo pretendes perseguirlo con ese trasto? ¡Vamos a ver cómo está Nick!

Corrieron hacia donde yacía su compañero, guardando las pistolas. Cuando llegaron junto a Nicholas Ellison, éste se había vuelto de cara al cielo, y sus ojos, muy abiertos, miraron hacia sus demudados compañeros.

—Nick… Nick, muchacho, ¿dónde…?

—Todo… todo está preparado… para la Gran… la Gran Guerra…, la Gran… Guerra…

—¿La qué? —palideció aún más el del reloj luminoso.

—Ve a buscar la camioneta, pronto —gruñó el otro—. Vamos a llevárnoslo, a ver si todavía…

—La… Gran… Guerra —insistió con un hilo de voz Nick Ellison —. Stolz dice que todo está… prep… prep…

Un chorro de sangre brotó de la boca de Nick Ellison, y su cabeza cayó hacia un lado, todavía abiertos los ojos, incluso más que antes, desorbitados… Cuando la camioneta se detuvo junto al bordillo, Nick Ellison llevaba ya varios segundos muerto, y así lo comprendió el espía que había ido a buscar el vehículo, palideciendo tanto como su compañero vivo. Éste se irguió, señaló a Ellison, y, entre ambos, en silencio, en la soledad de la Danneckerstrasse, alzaron el cadáver y lo metieron en la caja de la camioneta. Acto seguido, se consultaron con la mirada, y fueron en busca de Herman Stolz. También éste había muerto; tenía la espalda destrozada a balazos.

Cuando la camioneta se alejó de allí, parecía que nadie se había dado cuenta de nada. Y en la silenciosa calle, sólo quedaban salpicaduras de sangre fresca que muy pronto se endurecería bajo el frío invernal.

Dos hombres habían muerto en Alemania.

Un importante detalle a tener en cuenta: uno de esos hombres era de la CIA.

2) …Y amor en Malta

—¿Estás segura de que la salsa te ha salido bien? —preguntó Angelo Tomasini, con el ceño fruncido.

Brigitte Montfort alzó hacia él sus grandiosos, bellísimos ojos azules que parecían recoger toda la luz solar del exterior, y también frunció el ceño.

—¿Qué estás tratando de decir? —refunfuñó.

—Bueno… No sé. Yo diría que no se parece demasiado… a la salsa china que estoy acostumbrado a oler.

—No eres muy amable, ¿verdad? —exclamó ella—. ¡Si yo digo que estoy haciendo salsa china, es que estoy haciendo salsa china!

—No deberías tomártelo así —refunfuñó también Angelo Tomasini, alias Número Uno—. Simplemente, a mí no me parece salsa china. Y creo que los dos somos lo bastante adultos y maduros para poder hablar de ello con objetividad.

—¡Dios mío…! ¿Me estás llamando VIEJA?

—¿De dónde has sacado eso? ¡No te he llamado vieja, sólo he dicho que esta salsa china que te has empeñado en preparar, A MÍ no me parece salsa china!

—¡Está bien! —se enfurruñó todavía más Brigitte—. Estuve semanas enteras estudiando el modo de preparar salsa china, para darte una agradable sorpresa, y ahora dices que no sé prepararla…, ¡que no te gusta mi salsa china! ¿Qué más cosas no te gustan de mí?

Número Uno se quedó mirando fijamente aquellos ojos que, para él, contenían toda la luz del mundo. Luego, deslizó su mirada por la esbelta garganta de Brigitte, que parecía de seda y de oro; y por el espléndido cuerpo turgente y tibio, cubierto apenas por un viejo jersey gastadísimo que había sido de él y que ella había «arreglado» convirtiéndolo en un «paratodoestarencasa»; un jersey al que le habían sido cortadas las mangas, que había sido acortado y provisto de un tremendo escote… Un jersey, en definitiva, que era todo lo que Brigitte llevaba puesto.

—Pues a decir verdad —sonrió, de pronto, Uno—, lo único que no me gusta de ti es tu modo de cocinar.

—¿Eso quiere decir… que te gusta todo lo demás?

—Sí.

—Bueno, pero…, ¿qué es lo que más te gusta de todo lo demás?

—Absolutamente todo lo demás.

Las grandes, nervudas, fortísimas y bellas manos de Número Uno se introdujeron bajo el jersey, y, con hábil movimiento, alzó éste, de modo que quedó convertido en poco más que una extraña corbata: Luego, se inclinó, y su dura boca se posó sobre los tiernos labios de Brigitte Baby Montfort, la espía más peligrosa del mundo… Mientras se besaban, afuera, en el jardín de Villa Tartaruga lucía un más que tibio sol invernal, el cielo estaba diáfanamente azul, el mundo parecía envuelto en silencio y paz. Las manos de Número Uno se deslizaron por las caderas de Brigitte, luego por el vientre, y ascendieron hacia los senos… Brigitte se estremeció, emitió un gemidito, y se apretó más contra él, que continuó acariciándola, mientras el beso se prolongaba, se prolongaba…

Angelo fue apartando su boca, lentamente, y deslizó sus labios por la mejilla, hacia una orejita, y luego por el cuello, la garganta…

—Me estás… convirtiendo… en una antorcha, Uno…

—¿Vamos arriba?

Ella se apartó vivamente, como aterrada…, pero él sabía leer en el fondo de aquellos ojos la verdad.

—¿Otra vez? —exclamó Brigitte—. ¡Pero si esta mañana por dos veces…! ¡Y anoche…!

—Me imagino que cualquier cosa será mejor que tu salsa china —aseguró él.

—¡Eres de lo más antipático…! ¿De modo que simplemente quieres llevarme a la cama sólo para no probar mi salsa china?

—Es un pretexto como otro cualquiera.

—Oh… ¿De modo que todo ha sido una trampa para sacarme de la cocina y llevarme al dormitorio? ¡Pues te advierto que esa trampa no va a servirte de nada! Me he propuesto preparar hoy salsa china, y eso es lo que haré…

—Después de amarnos, naturalmente.

—Naturalmente… —suspiró ella—. La verdad es que en estos momentos, la… la salsa… china me parece… una… tontería, pero… son las… las doce de la mañana, y… Oh, Uno… No… Sí, sí… ¡Oh, mi amor…!

Afuera, en el jardín, la gordísima, blanquísima y simpatiquísima *Mamma* María era realmente algo digno de ver, algo realmente inédito en Villa Tartaruga, la residencia de Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos: *Mamma* María estaba en «bikini».

Un «bikini» que le había hecho la *signorina*, y que le había ordenado ponerse para salir a tomar el sol, a fin de introducir salud en sus blancas y lozanas carnes. Todo el mundo debe tener tiempo, humor e inteligencia suficiente para tomar el sol, había dicho la *signorina* Brigitte, así que aquella mañana, mientras ella preparaba el almuerzo, *Mamma* María tomaría el sol… ¡Y cualquiera discutía una decisión de la *signorina*! Eso no se atrevía a hacerlo ni el mismísimo *signore* Tomasini, Es decir, él sí le discutía cosas a la *signorina*, pero siempre era ella quien ganaba. Al principio, eso le había parecido muy mal a la simpática ama de llaves de Número Uno…, hasta que se dio cuenta de que, en realidad, todo era un juego entre ellos, que siempre se hacía simplemente lo que se tenía que hacer o proporcionaba más felicidad, o que, en definitiva, el *signore*, con su gran bondad y benevolencia, siempre aceptaría cualquier capricho de la *signorina*. No perdía la batalla: simplemente, se las arreglaba para que ella ganase siempre. Lo que en definitiva, sí, era un triunfo del *signore*, pues éste no pensaba en otra cosa que no fuese la felicidad de la *signorina* Brigitte…

La llamada a la verja de la quinta llegó a oídos de *Mamma* María, que se puso en pie y comenzó a caminar hacia allí. De pronto, enrojeció, regresó por su bata, se la puso, y volvió a caminar hacia las verjas, por el sendero que olía a tierra fresca y a flores. ¡Estaría bueno que ella permitiese que alguien la viese en «bikini»! Y no porque tuviese nada contra esa prenda, sino porque su tipo no era precisamente el adecuado para llevarla, con aquellos pechos enormes, su mole posterior, la gruesa cintura, las rollizas piernas… ¡En cambio, la *signorina* estaba tan bella en «bikini»…! Bueno, la *signorina* estaba hermosa siempre, claro, así que…

Mamma María frunció el ceño, porque estaba viendo ya la cancela de entrada, y allí no había nadie. Entonces, ¿quién había tirado de la cadenita? Era una broma estúpida, desde luego, y si atrapaba al que… Pero no, quizá no era una broma, porque estaba

viendo algo no acostumbrado en la verja: un papel blanco, que relucía al sol. Llegó allí, y tomó el papel. Es decir, un sobre, cerrado. En el anverso, había escrita una sola palabra: BABY.

De nuevo frunció el ceño la gorda italiana, y emprendió el regreso, tras mirar fuera de las verjas, sin ver a nadie. Llegó a la puerta de la cocina, que daba directamente al jardín por un lado de la casa, y entró, mostrando el sobre.

—Alguien ha…

Se calló. No había nadie allí. El silencio era total. Sobre los fogones, algo se calentaba… Una salsa de color oscuro, entre negro y marrón. *Mamma* María olió el líquido, y palideció… ¿Qué debía ser aquello? Parecía una salsa, pero… Sobre el mármol se veían unos hermosos langostinos cocidos. En un plato, algunos huevos batidos. Chuf-chuf, chuf-chuf, rumoreaba la salsa negra. En otro sector del largo y blanco mármol, una enorme fuente llena de ensalada: tomate, apio, endivia, pimiento, rábanos, aceitunas… Chuf-chuf, chuf-chuf, chuf-chuf…

—¿Dónde se habrán metido? —reflexionó en voz alta *Mamma* María.

Sonrió, de pronto, salió de la cocina, y se deslizó silenciosamente hacia el salón. No, no estaban allí. Por lo tanto, María sabía perfectamente dónde estaban el *signore* y la *signorina. ¡Santa Madona*, qué vida tan hermosa llevaban los dos, cuando ella se instalaba en Villa Tartaruga…!

Con su maliciosa sonrisita de comprensión, *Mamma* María regresó a tomar el sol. Había tiempo… Tiempo para todo, incluso para entregar aquella carta. Además, la *signorina* tenía razón: ¡se estaba estupendamente tomando el sol! Aunque debería ir con cuidado, porque tenía la carne tan blanca y tan fina que podía quemarse, si permanecía allí mucho rato, aunque el sol fuese de invierno, porque el sol, en Malta, casi siempre es de los buenos, y porque…

Media hora más tarde, *Mamma* María volvió a la cocina, y sonrió al ver al *signore* y a la *signorina* delante del fogón. Ella llevaba ahora un kimono diminuto, de seda azul celeste, con un espectacular y simpático dragón bordado en la espalda, sobre la que se desparramaba su hermosa cabellera negra, lustrosa, suavemente ondulada… ¡Qué hermosa era la *signorina*, qué hermosa!

Los dos se volvieron a mirarla, y Brigitte exclamó:

—¡Me alegro de que haya venido antes de lo convenido, *Mamma*! ¡Haga el favor de oler esta salsa, y dígame qué le parece!

—No debes tomártelo así… —insistía él—. De todos modos, los langostinos tienen muy buen aspecto.

—¡Pues por buen aspecto que tengan, los vamos a comer con salsa china, tal como yo he planeado!

—Bueno, estoy pensando… Tú ya sabes que los chinos son muy astutos, y quizás el que te dio esa receta te engañó. Lo que quiero decir…

—¡A mí no me engaña ningún chino! Además, este chino es un viejo amigo, a cuyo restaurante he ido muchísimas veces… ¡Y estoy segura de que Wei Tong no me engañaría a mí!

—En tal caso, esta salsa sirve para poner en evidencia indiscutible una cosa: todavía no sabes preparar salsa china.

—¡Eso ya lo sabremos pronto! *Mamma*, por favor, huela esta riquísima salsa, y dígame qué opina de ella.

—Oh, es que yo no… no entiendo de… de comidas chinas, *signorina*.

—¡Usted huela, y luego ya hablaremos!

María olió otra vez aquel mejunje, se irguió, y sonrió, con la boca torcida hacia un lado, y mirando implorante al *signore*, en busca de ayuda. Entonces, vio lo que tan de tarde en tarde veía: la risa en el fondo de los ojos de Angelo Tomasini, y comprendió.

—Yo diría que es una salsa excelente, *signorina*.

—¿Lo ves? —exclamó triunfalmente Brigitte, como una niña premiada—. ¡Y no irás a decirme que *Mamma* María no entiende de salsas y de todo lo que se relacione con la cocina! ¡Es la mejor cocinera del mundo, y por eso precisamente la tienes aquí! ¿O no?

—Pues sí —admitió Uno—, pero…

—¡Santo cielo, eres el hombre más terco del mundo, mi amor! En lugar de estar criticándome todo el tiempo, podrías dedicarte a preparar los *martinis*. *Mamma* María y yo… ¿Qué es eso?

—Es una carta —murmuró María.

Angelo Tomasini la tomó, leyó el nombre escrito en el anverso, y la entregó a Brigitte. Ésta miró también el nombre, parpadeó, y, sin comentar nada, rasgó el sobre y sacó el papel. En éste, en letras mayúsculas, podía leerse:

«LA CENTRAL HA INFORMADO DE SU PARADERO Y SI LO DESEA DISPONEMOS DE AVIONETA PARA EL VIAJE A STUTTGART, DONDE HA SIDO ACRIBILLADO A BALAZOS SIMON (Nicholas Ellison). ESPERAMOS LLAMADA DE USTED AHORA MISMO ONDA ZONA MALTA. PARECE SER QUE SE ESTA PREPARANDO LA GRAN GUERRA.

»SIMON».

Brigitte había palidecido. Entregó la nota a Número Uno, que la leyó, la quemó, y tiró las cenizas por la pileta.

—¿Tienes aquí material para comunicarte con el Simón que está esperando? —murmuró.

—Sí… Arriba, en la bolsa de viaje. No tengo mi maletín aquí, porque vine directamente de Inglaterra, después de lo de «Naif», y allí no lo llevé [1], pero tengo una radio, sí.

—Llama a Simón y dile que te esperen para esta noche en el aeropuerto de Stuttgart.

—¿Vas a llevarme en tu avioneta?

—Tengo un montón de motivos para hacerlo. En primer lugar, no me gusta dejarte marchar sola para cosas así, de modo que cuando puedo evitarlo, lo evito. En segundo lugar, me gustaría conocer esos preparativos para la Gran Guerra. Y en tercer lugar…, quizás eso me salve de comer tu salsa china.

Brigitte intentó sonreír, pero, realmente, la broma de la salsa china había terminado.

En realidad, habían terminado todas las bromas, y alguien se iba a enterar perfectamente de ello cuando la agente Baby llegase, aquella noche, al aeropuerto de Stuttgart.

Capítulo Primero

En el aeropuerto de Stuttgart había dos hombres esperando a la agente Baby. Generalmente, cuando ésta llegaba a un lugar donde hacía frío, refunfuñaba, especialmente cuando acababa de dejar otro lugar en el que lucía el sol. En aquella ocasión, no hubo refunfuños, ni siquiera el más leve comentario sobre el tiempo.

Los dos hombres esperaron a que el hombre de la avioneta, acompañado por Baby, cumpliese los trámites en el aeropuerto. Luego, ya los cuatro en el coche, emprendieron la marcha. Uno de los Simones iba al volante, y el otro a su lado, vuelto hacia los recién llegados a Alemania. Nadie había hecho presentaciones, ni eran necesarias. Al ser asesinado Nicholas Ellison, el residente de la CIA en Stuttgart se había comunicado con Bonn: el residente de Bonn, con la Central; la Central había solicitado informes sobre el paradero de Baby al jefe del Sector New York, Charles Alan Pitzer; y éste, teniendo en cuenta que había sido asesinado un «Simón», lo cual movilizaba siempre a la divina espía, no había vacilado en asegurar que si nadie sabía dónde estaba, era porque se hallaba en Villa Tartaruga. El mensaje había llegado a Bonn a las nueve de la mañana; Bonn había avisado a Stuttgart, Stuttgart a Roma, y desde esta ciudad, un agente partió hacia La Valetta, en Malta, en vuelo especial, para comunicarse con la agente Baby.

De este modo, apenas habían transcurrido veinticuatro horas de la muerte de Nick Ellison cuando ya estaba en Stuttgart la persona que, de un modo u otro, haría pagar muy caro ese asesinato, fuese quien fuese el que lo hubiera cometido u ordenado…

La explicación a Baby y a su silencioso acompañante, sobre cuya personalidad nadie tenía la menor duda, terminó cuando el coche estaba entrando ya en Stuttgart. Noche fría, de inminente lluvia.

—En definitiva, no sabemos quién era Herman Stolz —musitó Brigitte.

—No. Llevaba documentación encima, y pudimos localizar su apartamento, en la Lange Strasse, pero allí no hemos encontrado nada. Naturalmente, se está investigando todo lo referente a Stolz, y quizá consigamos algo por ese lado…, pero yo no me haría muchas ilusiones.

—Ya se verá eso. ¿Y respecto a la matrícula del coche?

—Sólo tenemos parte de ella, y claro está, también tenemos a todo el personal disponible intentando hacer el milagro. Como he dicho, el «Daimler» llevaba las luces apagadas, de modo que la matrícula no estaba iluminada. Por lo tanto, ya fue bastante que viésemos parte de ella. Nosotros… Bueno, le aseguro que no pudimos evitarlo, Baby.

—Nadie les ha culpado de nada… ¿O sí?

—Bien… No sé.

—¿Qué quiere decir ese «no sé»?

—Parece que, en las alturas, han quedado un poco disconformes con nuestra participación en este asunto.

—Entiendo. Y no se preocupen, yo arreglaré eso. Ustedes hicieron lo que pudieron, y por tanto, hicieron lo suficiente. Está bien claro que Stolz pertenecía a alguna organización privada o servicio de espionaje, y que eso le permitió enterarse de algunas cosas que parecen, en verdad, muy importantes. ¿Seguro que Nick Ellison sólo dijo que se estaba preparando la Gran Guerra?

—Seguro. No sabemos nada más.

—Está bien. Me pregunto cuántos «Daimler» deben haber en Stuttgart.

—No es muy fácil saber eso. Pero si es humanamente posible localizar ese coche, lo haremos. De todos modos, tenga en cuenta que es un coche especial, blindado…

Incluso pienso que la matrícula que se utilizó para seguir a Stolz era falsa.

—Podría ser. Al parecer, Stolz no era tan listo como creía, ni fue lo bastante precavido. Debieron desconfiar de él, lo vigilaron, y, cuando vieron que se entrevistaba con un desconocido, los mataron a los dos. Bueno, tenemos la pista de Stolz y esa mitad de matrícula. Algo saldrá de eso, espero. Mientras tanto, ¿quizás en Alemania se está hablando o se ha hablado en algún momento de una guerra?

—Claro que no.

—¿Cuánto había pedido Stolz por esos informes?

—Todavía no había mencionado ninguna cantidad.

Pero pienso que, si estaba dispuesto a traicionar a sus jefes, debía tener pensada una muy importante, que le permitiese retirarse definitivamente.

—Me parece lógico. ¿Sabemos cómo localizó Stolz a Ellison?

—Ni idea; Pero considerando las actividades a las que sin duda estaba dedicado Stolz, eso no debe sorprendernos. Si son un grupo que está tramando algo tan importante, deben tener muchos recursos de información general, y, especialmente, deben saber muy bien qué clase de personas y cuántas podrían inquietarles en Stuttgart. No me sorprendería nada que nos conociesen a los demás, y también a algunos rusos, alemanes, franceses…, en fin, a una buena cantidad de agentes secretos. Al fin y al cabo, los que nos dedicamos a esta profesión, nos movemos siempre en determinados círculos de actividades.

—Lo sé muy bien. Respecto a Simón…, a Nick Ellison…, ¿ha sido enviado ya a casa?

—No, no… Como siempre que sucede esto, estamos esperando que usted lo vea…, si desea hacerlo. Por lo demás, todo está preparado para enviarlo a Estados Unidos.

—¿Hay o han habido algunas dificultades de tipo… legal en todo esto?

—Ninguna, porque el asunto no ha trascendido…, al menos de forma oficial.

—De acuerdo. No… No quiero verlo. Ya he visto a demasiados —la voz de Brigitte Montfort se crispó un poco, al añadir—. Sí, demasiados… Y todo lo que consigo con ello es sentirme desdichada.

—Realmente, usted no puede hacer ya nada por Nick.

—Nada en absoluto. Porque incluso cuando lo vengue, mi satisfacción será mínima…

Quedó sumida en sombrío silencio. Nadie más habló, y el resto del trayecto se hizo en silencio, todos sombríos. Finalmente, el coche se detuvo delante de una vieja casa de dos pisos, sita en la Panoramastrasse, y Simón la señaló.

—Les hemos asignado esa casa, mientras dure su estancia en Stuttgart, pero, naturalmente, si prefieren otra cosa, la buscaremos.

Quizás un hotel confortable, o…

—Estaremos bien aquí. Gracias, Simón.

Los dos espías, los dos hombres de la camioneta, cambiaron una mirada, y luego, el que había permanecido silencioso hasta entonces, dedicado a conducir, murmuró:

—Nosotros queremos… pedirle un favor, Baby.

—¿De qué se trata?

—Bien… Los dos vimos a Nick, cuando le alcanzaron las balas; fue lanzado contra la pared, aplastado contra ella. Luego, cayó de cara… Más tarde nos dimos cuenta de que tenía fracturada la mandíbula. Le alcanzaron dos balas en el vientre, una en el corazón, y otra en la clavícula derecha, destrozándosela… Queremos que cuando usted encuentre a los causantes de esto, nos llame.

—No.

—¡Pero nosotros…!

—Ustedes fueron vistos por los dos hombres que iban en el «Daimler», de modo que han quedado inutilizados para esto. Supongo que ése es precisamente el motivo por el que el jefe de la CIA en Stuttgart los ha enviado a recibirme a mí, en lugar de estar trabajando en la búsqueda del «Daimler». Si los ven a ustedes dando vueltas por ahí; comprenderán que tienen una pista, y quizá jamás tuviésemos noticias del «Daimler». De modo que, simplemente, se estarán quietecitos.

—Eso no es justo —murmuró uno de los espías.

—Me temo que no lo es, tiene razón. Pero es práctico.

—No esperábamos esto de usted.

Brigitte Baby Montfort vaciló, porque comprendía perfectamente el estado de ánimo de aquellos dos hombres.

—Está bien… —murmuró—. Si hay una posibilidad razonable para que ustedes intervengan, les llamaré. Pero lo he dicho bien claro: posibilidad razonable.

—Gracias… ¡Gracias! Le voy a dar las llaves de la casa. Hay garaje, de modo que pueden meter el coche dentro. Nosotros tenemos otro, cerca de aquí… Y hemos alquilado un apartamiento también bastante cerca. La verdad es que Simón-Stuttgart nos ha marginado para este asunto, una vez recibidos ustedes y facilitada toda la información.

—Ustedes saben perfectamente que Simón-Stuttgart ha hecho lo

que convenía hacer. Buenas noches.

Número Uno salió del coche cuando lo hubieron hecho los dos espías, se colocó al volante, y condujo hacia la entrada del garaje… Minutos más tarde, los dos espías estaban en el saloncito de aquella casa vacía, que incluso sonaba a cosa hueca, fría, triste. Pero la calefacción a gas comenzó a funcionar, en la cocina había comida y bebida…, incluidas unas botellas de champaña «Dom Perignon», y La radio y el televisor estaban en perfectas condiciones.

Mientras Brigitte preparaba unos bocadillos y café, Número Uno recorrió la casa. Luego, puso en marcha el televisor, encendió un cigarrillo, y se quedó contemplando apaciblemente el programa. Cuando Brigitte apareció con una bandeja, se apresuró a ayudarla… Y luego, mientras cenaban, no hizo comentario alguno hasta que ella murmuró:

—Sería la tercera vez que estallaría una Gran Guerra, desde Alemania… ¿Te parece posible?

—¿Por qué no? —replicó siempre apaciblemente Número Uno —. Sólo es necesario que alguien, más ambicioso de lo normal, se lo haya propuesto.

Hacia las diez de la mañana, un empleado de un servicio local de repartos, llevó un paquete a la casa, preguntando por *frau* Erika Schenk. Brigitte dijo ser ella, firmó en el talonario de repartos, y entró con el paquete al salón, donde esperaba Número Uno. Tras una cierta circunspección, el paquete fue abierto, y Brigitte sonrió al ver su contenido: su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Dentro, estaba todo su arsenal de trucos, y una simple tarjeta, en la que ponía: *Buena suerte. Tío Charlie*.

—Les resulto bastante cara a la CIA —dijo Brigitte—. No ha debido ser cómodo ni barato hacerme llegar esto.

—Si la CIA corre con todos los gastos, es porque le interesa a ella, no a ti. Han matado a uno de sus hombres, y se habla de una Gran Guerra… Ellos disponen, ni más ni menos que de Baby, para afrontar este asunto. Yo creo que les sales muy barata.

—Desde luego, son unos zorros: disponer de Baby, acompañada por Número Uno, es una ganga.

—La CIA no dispone de mí —gruñó Angelo Tomasini—. Sólo estoy aquí para asegurarme de que nada malo le va a ocurrir a la mujer que amo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que… Me has oído perfectamente.

—Sí. Y me ha gustado la última palabra. Mejor dicho, las últimas: la mujer que amo. ¿Alguna vez has pensado que hay personas incapaces de amar? No tienen ni siquiera la calidad suficiente para amar a su prójimo.

—¿Lo dices por mí? —frunció el ceño Número Uno. Brigitte quedó pasmada un instante. Luego, se sentó en las rodillas de él, y le besó en los labios, levemente.

—No seas tonto, mi amor… A ti, lo que te pasa es que eres antipático, y eso engaña a mucha gente. Pero no a mí. Eres…

—Estaba pensando que yo podría hacer algo, ya que estoy aquí.

Brigitte se quedó mirando, sonriente, a Uno. Muy bien, a él no le gustaba que le dijesen que ni siquiera la CIA había podido estropearlo como ser humano, y por tanto, cambiaba de conversación… Pues, cambio aceptado.

—¿Qué podrías hacer? —inquirió.

—No es que pretenda decir que tus Simones son tontos, pero quizá sería interesante que yo me diese una vuelta por el apartamiento de Herman Stolz. Incluso por el de Nick Ellison.

—Ya he pensado en ello. Incluso, si dentro de veinticuatro horas mis Simones no han conseguido nada, había pensado en ponerme en contacto con Wilhem…, con «Alexandria». Quizás él sí sepa algo de Stolz [2] .

—Entonces, ¿por qué esperar veinticuatro horas?

—Porque me gustaría que una información como ésa, en la que se menciona una Gran Guerra, no trascendiese en modo alguno. Eso podría provocar situaciones muy molestas, incluso peligrosas. ¿Quieres más café?

—Yo lo prepararé.

—Te amo —le besó ella.

Quedó sentada en el sofá, poniendo en las dos pequeñas radios que contenía el maletín, una de ellas disimulada en un paquete de cigarrillos, la onda para aquella zona de Alemania. Con lo que disponía ya de tres radios, una de las cuales utilizaría Uno, si tenían que separarse…

Bip-bip-bip-bip, comenzaron a zumbar las dos radios que tenía sobre la mesita. Brigitte las miró, sorprendida, y acto seguido

admitió la llamada en una de ellas; la otra dejó de zumbar.

—¿Sí? —inquirió.

—Hemos encontrado el «Daimler».

—¡Bien! ¿Dónde está?

—Camino del aeropuerto. Lo estamos siguiendo.

—Camino del aeropuerto… Eso ha sido una suerte para nosotros, Simón. Han debido tenerlo oculto hasta ahora. O simplemente, en un garaje. Y si lo han sacado, significa que no temen que el coche pueda ser identificado. ¿Seguro que es el mismo?

—Desde luego. Coinciden el modelo, el color, y en la carrocería se ven algunos puntos pintados recientemente. La primera parte de la matrícula es la que vieron nuestros compañeros. Y al volante va un hombre muy rubio… O sea, el que iba en el asiento de atrás, el que disparó contra Nick Ellison y Herman Stolz. Un experto, naturalmente.

Brigitte miró a Uno, que había acudido y asistía a la conversación.

—Por experto que sea, siempre habrá alguien que lo será más que él —dijo secamente—. ¿Cómo lo han loca fizado?

—Tenemos vigiladas las salidas de la ciudad, especialmente la que conduce al aeropuerto. Y simplemente, el «Daimler» ha aparecido camino del aeropuerto.

—¿El rubio va solo?

—Sí.

—No le pierdan de vista. Pero sólo eso. Si va al aeropuerto a esperar a alguien, quiero saber quién o quiénes son esas personas. Si es él quien se va, quiero saber adónde. Sean cautelosos… Y de todos modos, yo salgo para allá ahora mismo.

Capítulo II

—Se llama Rudolf Bentz, es alemán, sale dentro de cuarenta minutos en el vuelo 384 de la «Lufthansa» con destino a Niza. Nadie ha hecho contacto con él, no ha llamado por teléfono, no parece sentir interés por nada. Lleva un portafolios de color castaño.

Brigitte asintió, y quedó pensativa, mientras, como estaba haciendo Número Uno, miraba el «Daimler» estacionado en el aeropuerto, muy cerca de donde ellos se habían detenido; tras lo cual, inmediatamente, el agente de la CIA que, conocedor del coche que estaban utilizando, les esperaba, se había metido en el vehículo para informar a la reina del espionaje de lo que habían averiguado.

En vista del silencio de los dos espías con categoría de excepcionales, Simón murmuró:

—Podríamos arreglárnoslas para detenerlo. Somos los suficientes para organizar una discreta acción. Nadie se daría cuenta de nada.

Baby movió la cabeza negativamente, al mismo tiempo que Uno hacía lo mismo.

—No… —dijo ella—. Ciertamente, si lo detenemos, quizá podamos obligarle a decirnos todo lo que sabe…, pero me pregunto si sabe lo suficiente. Es un asesino, un «especialista» en asesinatos… Y generalmente, esta clase de hombres sólo conocen su trabajo. Digamos que son utilizados, pero que no reciben de sus jefes demasiada información sobre lo que están haciendo. En ocasiones, ni siquiera conocen a sus jefes. Se les encarga por medios indirectos un trabajo, lo hacen, cobran también indirectamente, y ahí termina todo. Puesto que va a tomar un avión, ni siquiera debe llevar armas encima, pero de todos modos, tiene que ser un hombre muy peligroso… Nos exponemos a vernos en la necesidad de matarlo, y entonces complicaríamos las cosas.

—Pero tenemos el coche —arguyó Simón—, y podríamos seguir esa pista.

—Ese coche puede ser alquilado, robado, o tener la matrícula falsa. No… Interesa el hombre. Me pregunto si en Niza le está esperando alguien, con lo que resultaría que aún estaría trabajando para el grupo, o bien, simplemente, después de hacer un trabajo en Alemania, regresa a Francia, donde posiblemente reside. ¿Sólo lleva un portafolios?

—Sólo un portafolios.

—Eso puede indicar que sólo va a Niza a realizar alguna gestión, y que piensa volver pronto…, o que vino aquí para hacer un trabajo y ahora regresa a Niza. Yo más bien creo que va a Niza a hacer alguna gestión.

—¿Por qué?

—Porque, que nosotros sepamos, lleva aquí por lo menos dos días. Un hombre que va a estar dos días por lo menos en otra ciudad, lleva algo de equipaje, es decir que si él hubiese venido desde Niza, habría traído algo… Debe ir a Niza para alguna gestión. Y muy posiblemente, allí hará contacto con alguien.

—Si no hace contacto con nadie —intervino Número Uno—, estaremos igual que aquí, sin saber nada, y habremos perdido el tiempo, ya que habrá que atacarlo entonces.

—De acuerdo —le miró, sonriente, Brigitte—. ¿Cuál es tu idea?

—En primer lugar, estamos de acuerdo en que no nos interesa provocar un enfrentamiento, que pudiese dar lugar a la muerte de ése hombre… ¿No es así?

—Así es, mi amor.

—Por lo tanto, parece más conveniente conversar con Rudolf Bentz que correr el riesgo de perderlo.

—Sin duda alguna.

—Podemos asegurarnos de que lo tenemos localizado en todo momento, y darle cuerda larga hasta determinado momento, hasta que comprendamos que no va a conducirnos hasta nadie interesante.

—Eso no es problema: avisaremos a Niza para que estén esperando a Rudolf Bentz y lo sigan a todas partes. ¿Y mientras tanto?

—Si ese hombre está involucrado en algo relacionado con una futura Gran Guerra, él, o sus jefes, son personas… de alto nivel económico. Personas importantes, de altos vuelos. Bentz tiene que

saber eso, si está muy metido en el asunto. Si esas personas son particulares, que no proceden de ningún servicio secreto, sólo una cosa les impresiona y les interesa: cualquier poder que pueda servirles para sus propósitos, cualquier persona o grupo que puedan serles de utilidad.

Brigitte se quedó mirándolo fijamente unos segundos, antes de musitar:

—Puede ser muy peligroso…

—¿Para quién? —esbozó una dura mueca Número Uno.

—Está bien… —asintió ella—. Lo haremos de ese modo.

—¿De qué modo? —se pasmó Simón—. Yo no he entendido nada de nada, francamente.

—No se preocupe. Avise a Niza; y los de aquí, dedíquense a localizar al propietario de ese coche. Pero, como siempre, no hagan nada sin consultar conmigo, sepan lo que sepan. ¿Está claro, Simón?

—Esto, sí —farfulló el agente de la CIA—. Pero sigo sin entender nada de lo otro…

Rudolf Bentz estaba tomando el aperitivo en el bar del aeropuerto cuando por los altavoces se impartió la petición de que el señor Herman Stolz acudiese a Información. El rubio asesino alzó la cabeza, arqueó las cejas, y pensó que no debía haber oído bien. Luego, miró su reloj. Faltaban todavía treinta minutos para la hora de salida, pero sabía que, dentro de poco, los pasajeros de su vuelo serían requeridos para abordar el avión…

La voz femenina volvió a sonar por los altavoces. Y esta vez, Rudolf Bentz no tuvo la menor duda: alguien solicitaba la presencia de Herman Stolz, el cochino traidor, en Información. Todavía vaciló Bentz unos segundos. Luego, pagó el aperitivo, tomó su portafolios, y se alejó del bar, en busca del servicio de Información. Tardó menos de medio minuto en localizarlo. En el gran tablero luminoso, estaban anunciadas las salidas de los vuelos. Detrás del mostrador, tres bellas jovencitas atendían las consultas de algunos viajeros… En un extremo del mostrador, y naturalmente en el lado de afuera, había un hombre, que miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

Bentz estuvo unos segundos estudiando con mucho interés a aquel hombre. Era más alto que él, más delgado, pero de hombros anchos, manos grandes, bellas y fuertes. Vestía con discreción, pero sus ropas, muy bien cortadas, eran de la mejor calidad. Sus cabellos

tenían un tono como de cobre, sus ojos eran negros, su mandíbula puntiaguda, sólida. La boca era un trazo seco, en aquella mandíbula que parecía de roca. Estaba muy bronceado.

Si de algo entendía Rudolf Bentz, era de hombres, en el buen sentido de la palabra. Y comprendió en seguida que aquél no sería fácil de manejar en ningún momento. Tenía a muy pocos metros de él a un sujeto de cuidado.

Tras nueva y breve vacilación, Bentz se acercó a aquel hombre, que le miró inexpresivamente cuando se detuvo ante él.

—¿Es usted quien espera a Herman Stolz? —preguntó Bentz.

—Quizá. ¿Le conoce usted?

—Nos hemos visto en algunas ocasiones —asintió Bentz.

—Ah… ¿Pero no es usted Stolz?

—Claro que no… —se sorprendió el rubio—. ¿Acaso no conoce usted a Stolz?

—No. Pensé que era usted, que tomaba precauciones antes de presentarse a mí. Bien, esto ya dura demasiado… Si ve usted a Stolz, dígale que su encargo fue cumplido, pero que en vista de su incomparecencia, he decidido no perder más el tiempo en Stuttgart.

—¿A qué encargo se refiere?

—Stolz se lo dirá…, si realmente son amigos.

—Lo somos. Pero entiendo que usted no es amigo de él, ni él de usted, claro.

—En efecto. Por eso, no voy a esperar más que él aparezca en el aeropuerto para llevarlo con mi avioneta. Ya llevo dos días perdidos aquí, mejor dicho, dos mañanas. Es suficiente.

—¿Tiene usted una avioneta?

—Eso he dicho. Mire, no se lo tome a mal pero…

—Espere un momento… —musitó, Bentz—. Stolz le contrató para que viniera a recogerlo a este aeropuerto y lo llevase a alguna parte. ¿Es así?

—Sí. Mejor dicho, se puso en contacto con uno de mis… con un amigo, que me avisó. Ya le digo que yo no conozco a Stolz. Tenía que estar aquí ayer por la mañana, pero no llegó. Pensé que había habido una confusión de fechas, y he vuelto esta mañana, pero tampoco ha aparecido. De modo que ya está bien de tonterías. Si ve a Stolz…

—Ha muerto.

—¿Stolz?

—Sí. ¿Le dijo adónde tenía que llevarlo?

—No. Se hizo un trato, yo he venido a recogerlo, y, mientras tanto, están preparando todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

El hombre de los cabellos color cobre miró con cierta hostilidad a Bentz, y masculló:

—¿Es usted de la Policía, quizá?

—Ni mucho menos —sonrió Bentz.

—Ya. ¿Qué quiere decir con «ni mucho menos»?

Bentz miró su reloj, y luego el de la sala de espera del aeropuerto.

—Tengo que tomar un avión dentro de unos minutos… ¿Dónde podría localizarle a usted, en un momento dado?

—¿Para qué?

—Quizá me interesase alquilar su avioneta…, y otros servicios. ¿Qué servicios podría ofrecerme?

—Todos aquellos que estuviesen bien pagados.

—¿Todos? Supongamos que le encargaba que asaltase un banco suizo por mí… ¿Podría hacerlo?

—Quizá.

—Supongamos que le pido que me proporcione… cincuenta hombres dispuestos a todo. ¿Podría hacerlo?

—Quizás. Espero que no pierda usted su avión.

—En estos momentos, no me parece un grave problema —sonrió el rubio—, ya que podría alquilar su avioneta, supongo.

—Le resultaría muy caro.

—Supongamos que a mí no me inmutase la cantidad que usted pidiese. Supongamos que le digo que no es por dinero que usted podría asustarme. Buenos servicios, buena paga. Así de sencillo. Se lo preguntaré de nuevo: ¿qué servicios podría ofrecerme?

—Ya le dije antes que *todos*.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Suelo estar por ahí, siempre de un lado a otro.

—Comprendo, Vamos a puntualizar más. En Cannes hay un bar llamado Olivier, en el Boulevard de la Croisette cerca del Casino. ¿Cuándo podría estar usted allí, esperándome?

—Bien… ¿Seguro que Stolz ha muerto?

—Segurísimo. Se ha quedado sin cliente…, pero ya tiene otro. No para ir a Niza, pues me están esperando allá, y no quiero alterar nada, pero podremos entendernos en otros asuntos.

—¿Qué le pasó a Stolz?

—Lo mataron a balazos, hace dos noches. Si yo fuese usted, no lo haría llamar más por los altavoces, y me marcharía de aquí.

—¿A Cannes? —sonrió el otro.

—¿Por qué no? Se ha quedado sin cliente, tengo la impresión de que no tiene nada que hacer aquí, y, en cambio, si estuviese en Cannes esta tarde, entre las siete y las ocho, puedo asegurarle que saldría ganando.

—Lo pensaré. Le agradezco su información… ¿Quizá le interesaría venir conmigo a Marsella? Le llevaría con gusto a Niza, pero cada vez que me ausento más de un día de Marsella, temo que ocurra algo que mis amigos no sepan atender. Me parece conveniente darme una vuelta por allí, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Esta tarde en Olivier?

—Mmm… Sí, de acuerdo. Sí.

—Muy bien. ¿Cuál es su nombre?

—Angelo. ¿Y usted?

—Rudolf. Hasta luego, Angelo.

—Hasta luego. Escuche…

—¿Sí? —se detuvo en seco Bentz, que ya se alejaba.

—Mire, no quiero parecerle estúpido, Rudolf, pero… no me gustan las bromas. Le he dicho bien claro que ni siquiera conocía a Herman Stolz personalmente, que nada tenía que ver con él, por lo tanto. Lo que pienso es que quizás alguien quiera molestarme, por pensar lo contrario, y en ese caso, más vale que lo piense mejor: no soy precisamente un infeliz.

—Lo celebro —sonrió Bentz—. Hasta luego.

A la hora prevista, Rudolf Bentz partió hacia Niza. Angelo estuvo mirando el avión hasta perderlo de vista. Luego, fue a los lavabos del aeropuerto, entró en una de las cabinas, y sacó la radio de bolsillo. Efectuó la llamada.

—¿Sí, mi amor?

—Hemos quedado para esta tarde de siete a ocho en Cannes, en el bar Olivier, Boulevard de La Croisette, cerca del Casino. Sólo ha dicho su nombre: Rudolf. ¿Habéis visto a alguien que nos estuviese

vigilando?

—No, mi amor. Pero, de todos modos, no me parece prudente que tú y yo hagamos contacto. Tomaré otro avión hacia Niza… Sale uno de la «Air France» a las quince treinta y cinco. Respecto a esa cita en Olivier…, ¿me permites que te haga una sugerencia?

—¿Cuál sugerencia? —gruñó Número Uno.

Capítulo III

Lo mejor que tenía Cannes era la diferencia de clima con respecto a Stuttgart. No es que hiciese un tiempo maravilloso, pero sí bastante más agradable que en la ciudad alemana, que había abandonado pocas horas antes.

Lo que no le resultó agradable fue la no comparecencia de Angelo. Claro que eran sólo las siete y veinte cuando él llegó, y la cita había sido de siete a ocho, pero se supone que quien va a conseguir un empleo, debe ser más puntual que su futuro patrón… De todos modos, Rudolf Bentz no se disgustó demasiado. Cierto, Angelo aún no había llegado, pero había allí una rubia, que lo dejó petrificado de pasmo. No una muchachita con cara de tonta divertida, sino una mujer. ¡Y qué mujer!

—Coñac —pidió Rudolf al camarero.

Había ocupado una mesita junto al cristal que separaba el bar Olivier de la calle, donde circulaban increíble cantidad de automóviles. Más allá, el mar… Pero, en el cristal, Rudolf continuaba viendo a la rubia. Una rubia espléndida, elegante, con un cuerpo bellísimo. Sus ojos verdes eran enormes. Tenía una boca preciosa, sonrosada, de labios alargados, llenitos por el centro, el superior ligeramente alzado. Un hoyuelo vertical en su barbilla le daba un aire gracioso…

La vio ponerse en pie cuando el camarero se retiraba, después de haberle servido el coñac. Lástima que se fuese: era muy agradable entretener la espera mirándola… Pero ella no se fue. Siempre a través del cristal, Rudolf la vio acercarse, y por fin, detenerse junto a él. Intrigado y un tanto inquieto, Rudolf volvió la cabeza, y la alzó, para mirar aquellos verdes ojos que le contemplaban.

—¿Es usted Rudolf? —preguntó la rubia, en alemán.

—Sí.

—Me envía Angelo. Le pide a usted disculpas por no haber

acudido personalmente, pero, en efecto, cuando regresó a Marsella tuvo que atender algunos asuntos urgentes.

—¿Qué asuntos?

—Pues… Bueno, ¿por qué no decírselo? Surgió la oportunidad de comprar algunos pasaportes, y eso lo hace él siempre personalmente, desde que a uno de sus hombres le engañaron. ¿Puedo sentarme?

—Sí, por favor —se incorporó a medias Rudolf hasta que la rubia se hubo sentado—. ¿Quiere decir que Angelo puede conseguir pasaportes auténticos para ser utilizados… convenientemente?

—No deben haber muchas cosas que Angelo no sea capaz de hacer y conseguir, en Europa y en África.

—Ya. ¿Cuál es su nombre?

—Erika. Erika Schenk.

—¿Es la amante de Angelo?

La rubia le miró fríamente.

—No he venido aquí para hablar de esas cosas. ¿Cuál es su oferta concreta para Angelo?

—No hay ninguna oferta concreta, por el momento. Sólo estamos estudiando la posibilidad de utilizar sus servicios generales… en exclusiva.

—¿En exclusiva?

—Vamos a ver si lo he entendido bien: Angelo tiene hombres a su servicio, posiblemente armas, debe tener interesantes contactos con gente introducida quizás en la política, el espionaje, y cosas así. Puede disponer de pasaportes. Y según él dijo, puede hacer todos los trabajos que se le paguen bien.

—Más o menos, así son las cosas —admitió Erika.

—Pues bien: nosotros queremos contratar todo el bloque de servicios de Angelo. ¿Qué tendrá que hacer? Pues, lo que se le ordene en determinado momento.

—Entiendo. En definitiva, significa que Angelo debería estar a las órdenes de otras personas, no para una acción determinada, sino en líneas generales y en todo momento.

—Exacto.

—Bueno… —la rubia sonrió y movió la cabeza—, me parece que usted no ha valorado muy bien a Angelo, Rudolf.

—¿Qué quiere decir?

—Angelo puede aceptar trabajar para cualquiera, si le paga bien. Pero sólo eso: hace un trabajo, cobra, y asunto terminado. Eso de estar a las órdenes de otra persona, no se ha hecho para él, de modo que dudo mucho que lleguemos a un acuerdo.

—Se le pagará espléndidamente.

—Angelo tiene ya demasiado dinero para que eso le tiente. Es un… deportista de la aventura, si me permite esta expresión. Puede hacer lo que le venga en gana. Si un trabajo le gusta, lo hace. Si no le gusta, rechazará cualquier cantidad, por importante que sea. Suele decir que ningún tonto volverá a… manejar su mente. Hace muchos años que Angelo no ha encontrado a nadie que sea ni la mitad de inteligente que él, y no va a ponerse al servicio exclusivo de cualquier tonto. Ni soñarlo. Lo siento, Rudolf.

—Espere un momento… ¿Por qué supone usted que quien va a contratar a Angelo es tonto?

—Caramba… —la rubia abrió mucho los ojos—. ¡Si usted conoce a alguien más inteligente que Angelo, le ruego que me presente a esa persona! ¡Me encantará conocerla!

—Me parece —sonrió Rudolf— que no tiene usted grandes esperanzas al respecto.

—La verdad es que no —suspiró Erika.

—Vaya… Según parece, he ido a tropezar con un hombre excepcional, ¿no es eso?

Erika entornó los ojos, con un gesto de simpática desconfianza.

—¿De verdad no conocía usted a Angelo, cuando le abordó en el aeropuerto? ¿Nadie le había hablado de él…, ni siquiera Herman Stolz?

—Ah-ah… Ya veo. Angelo piensa que le mentí, que sabía quién era él, y que quizá le estoy tendiendo alguna trampa… Pero ¿por qué tendría que hacer semejante cosa?

—Porque quizá usted fuese quien mató o mandó matar a Stolz, y quiera ahora hacer lo mismo con Angelo.

—Voy entendiendo. En definitiva, Angelo no se fía de mí, y por eso la ha enviado a usted.

—Exactamente. Por lo demás, todo lo que le he dicho sobre él es cierto. Bien, voy a tener que volver a Marsella esta misma noche…

—O sea —gruñó Rudolf—, que Angelo sólo aceptaría trabajar para una persona más… inteligente e importante de lo que él se

considera a sí mismo.

—Eso está muy bien expresado —asintió Erika, sonriendo.

—Gracias. ¿Y… quién tendría que decidir si la persona en cuestión es más o menos importante e inteligente que Angelo?

—Digamos que yo soy algo así como… el periscopio de Angelo. O quizás esté mejor dicho el radar. En determinados círculos, mucho más pacíficos que los nuestros, quizá dijesen de mí que soy la… encargada de las relaciones públicas. Claro está, sólo cuando el asunto, en principio, «parece» interesante.

—O sea, que usted también es muy lista.

—Bueno, amigo Rudolf, hay que serlo para trabajar con Angelo. Hablo siete idiomas, tengo…

—¿Habla usted siete idiomas? —saltó Rudolf—. ¿Cuáles?

—Alemán, inglés, francés, español, italiano, portugués y ruso. Y tengo una cultura que…

—¡Espere un momento! Cada vez siento más interés por ustedes… De acuerdo, Angelo es un fenómeno, usted es otro… Todo admitido. Y no pienso prescindir tan fácilmente de personas como ustedes. Supongamos que el asunto en el que estoy ofreciéndoles participar es de una envergadura y una importancia como jamás han soñado, que pueden ganar… cientos de millones de marcos, y que estarían bajo la dirección de un hombre indiscutiblemente más inteligente, audaz y ambicioso que Angelo… ¿Cuál sería la postura de ustedes?

—Angelo es tan inteligente que se alegraría de encontrar a alguien que lo fuese más que él. Esto me recuerda aquella pequeña historia del tonto y del sabio… ¿Quién sale beneficiado en un contacto entre un tonto y un sabio?

—Supongo que el tonto, claro —sonrió Rudolf.

—No, porque el tonto es tan tonto que no sabe aprovecharse de la sabiduría del sabio para adquirir él también sabiduría. En cambio, el sabio es tan sabio que hasta es posible que sea capaz de sacar algo en claro de un tonto, de aprender algo de él. Angelo es sabio, y sabría aprender algo de un tonto, así que…, ¿acaso no aprendería mucho más de otro sabio?

—Entiendo.

—Estupendo. Bien: ¿quién es ese hombre más inteligente, audaz y ambicioso que Angelo? Permítame conocerlo, hablar con él unas

horas, y si es cierto, cuenta con Angelo y todo su… potencial humano, económico, técnico, etcétera, etcétera, etcétera.

—Bueno… —Rudolf se pasó las manos por la cara, y vaciló—. La verdad es que he venido a contratar a un cuervo…, y me encuentro con un águila según parece.

—Eso también está muy bien expresado. ¿Quién es su águila, Rudolf?

El rubio se rascó furiosamente la cabeza. Sus dudas estaban bien claras, pero Erika Schenk no insistió, no presionó demasiado.

—Mire —dijo, por fin, Rudolf—, hagamos una cosa: no se marche de Cannes, quédese en cualquier hotel, y yo la llamaré dentro de una hora o dos.

—Me parece bien. No me hacía ninguna gracia volver ahora a Marsella, en coche. Y de este modo, Angelo no tendrá nada que criticarme. Veamos… Espero encontrar habitación en el Réserve Miramar, un hotel que he visto antes, cuando venía hacia aquí… Está muy cerca, aquí mismo, en La Croisette. Son las ocho menos cuarto… ¿Puede llamarme al Miramar a eso de las diez?

—De acuerdo. Sí, estupendo: a las diez. Pero no se impaciente si tardo un poco más.

—Una vez instalada en una buena habitación, no tendré ninguna prisa. Puede llamar a cualquier hora, a partir de las diez.

—No Hay más que hablar. ¿Qué piensa hacer usted hasta las diez?

—En primer lugar, iré al hotel, para asegurarme de que hay habitación; si no la hubiera, dejaría allí el recado de dónde podría llamarme usted, cuando me instalase en otro hotel. Luego, daré un paseo. Quiero decir, después de cenar: estoy que me muero de apetito. Ah, he tomado una copa de champaña… ¿Cuento con que me invita?

—Naturalmente —sonrió Rudolf Bentz.

Erika Schenk sonrió, se puso en pie, fue a recoger su abrigo y aquel gracioso maletín rojo con florecillas azules, y se alejó…

À las diez de la noche estaba instalada en una confortable habitación del Réserve Miramar, sentada en una butaquita, y fumando pensativamente, mirando de cuando en cuando el teléfono… No, ya no tenía demasiada prisa. Sabía que, en aquellos momentos, Rudolf Bentz estaba en la quinta de Avenue Victoria, en

la parte alta de Cannes; en la quinta a la que había ido directamente, desde que dos hombres lo recogieran con un coche en el aeropuerto de Niza, y emprendieran el camino hacia Cannes. Una quinta muy grande, con un jardín enorme, tanto que apenas permitía ver la casa. Los agentes de la CIA destinados al Sur de Francia para apoyar el trabajo de Baby, o sea, de Erika Schenk, estaban dedicados a localizar e identificar al propietario o inquilino de la grandiosa propiedad, desde la que se divisaba toda Cannes, y, al fondo, el mar…

El teléfono sonó a las once menos veinte de la noche.

—¿Sí? —atendió en el acto Erika.

—Soy Rudolf, Erika. ¿Le parece bien que pase a recogerla mañana por la mañana, a eso de las nueve y media o las diez?

—Mejor a las diez y media. Soy un poco dormilona.

—A las diez y media, entonces.

—De acuerdo. Gracias, Rudolf.

—A usted. Hasta mañana.

Capítulo IV

Un hombre abrió las verjas, y Rudolf metió el coche en la quinta, enfilando el sendero que iba hacia la casa, y que se hallaba tan bien pavimentado que parecía que rodase sobre piso de cristal… A ambos lados, altos y gruesos pinos, y arbustos de flores diseminados. Hacía una hermosa mañana de invierno, con el sol refulgiendo en el diáfano cielo de tono azul claro…

En el mismo momento en que comenzaba a ver bien la casa, Erika vio el grupo de muchachos que evolucionaban por delante de ésta. Sus rubias cabelleras relucían al sol, sus cuerpos hermosos, flexibles y muy desarrollados se movían con ligereza, con alegría. Formaban un bien conjuntado pelotón, que parecía evolucionar a las órdenes de un hombre también alto, rubio y fuerte, de unos cuarenta años.

Ya era sorprendente ver a aquellos muchachos recibiendo instrucción militar, pero aún más sorprendente era el hecho de que todos fuesen de uniforme. Un correctísimo y flamante uniforme de color pardo, botas que parecían espejos, fusiles cuidados como si fuesen joyas… Pero más sorprendente que todo esto le pareció a Erika el hecho de que cada muchacho llevase en el brazo izquierdo un brazalete en el que destacaba la cruz gamada y las iniciales SS Cuando el coche se detuvo delante de la casa, el pelotón de muchachos, unos veinte en total, se detenía cerca del coche, con seco taconazo que sonó al unísono, con fuerza. A una orden del comandante del grupo, éste quedó orientado hacia el coche, dándole frente. A otra orden, los muchachos, o si se prefiere los soldados, adoptaron la posición de firmes. Otra orden más, y todos presentaron armas.

Erika Schenk, estupefacta al parecer, dejó de mirar el pelotón de hermosos muchachos, y se volvió a observar al sonriente Rudolf.

—Pero… ¿qué es todo esto? —exclamó.

—La guardia especial de Gormann.

—¿De quién?

—De nuestro… águila. Esos soldados formarán la guardia especial, las nuevas SS alemanas. Digamos que son… el punto de partida. De ahí surgirán los altos tefes de las SS.

—Pero… ¿Las SS? Bueno, yo estoy viendo a unos muchachos, unos jovencitos… ¡Apenas deben tener dieciocho años!

—El mayor tiene dieciséis. Vamos a la casa: Gormann la está esperando.

Rudolf Bentz salió del coche, y Erika le imitó rápidamente. El hombre que mandaba el pelotón de muchachos se acercó, se cuadró con marcial taconazo, alzando al mismo tiempo el brazo derecho extendido hacia delante, y saludó:

—¡*Heil*, Gormann!

—¡*Heil*, Gormann! —correspondió exactamente al saludo Bentz —. ¿Todo bien por aquí, capitán?

—Todo perfecto, mi coronel. ¿Ordena alguna cosa?

—Nada, gracias. Sigan ustedes.

—¡*Heil*, Gormann!

—¡*Heil*, Gormann! —correspondió nuevamente Bentz.

El «capitán» de las flamantes SS regresó ante su pelotón, y reanudó la instrucción. Boquiabierta, Erika Schenk parecía incapaz de reaccionar. Casi riendo, Bentz la tomó de un brazo, y señaló hacia la casa.

—No hagamos esperar más al *Führer* —dijo.

—Esto… debe ser alguna… broma, ¿verdad?

—No —sonrió de nuevo Bentz—. Le aseguro que no se trata de ninguna broma. En absoluto. Pero, será mejor que hable usted con nuestro *Führer*. Se le ha concedido a usted el privilegio de… estudiar su inteligencia durante un tiempo prudencial.

Simulando que todavía no se había recuperado de su asombro, Erika entró en la casa. Abrió aún más la boca cuando vio a varios hombres, todos con uniforme alemán de la Segunda Guerra Mundial… Es decir, con reproducciones de este uniforme, pero todos nuevos, flamantes, pulcrísimos. Hubo más taconazos, saludos de «*Heil*, Gormann»… Uno de los militares, con el grado de comandante, señaló hacia una gran puerta doble, ante la cual montaban guardia dos soldados con metralletas. Dos gallardos,

hermosos, formidables soldados alemanes.

La puerta doble fue abierta por el «comandante», que entró, precediendo a las visitas.

—¡*Heil*, Gormann! —casi vociferó—. Ha llegado el coronel Bentz, con la visita que está esperando, mi *Führer*.

—Gracias, comandante. Puede retirarse.

—¡*Heil*, Gormann!

El comandante se retiró, cerrando la puerta, y Erika Schenk, ya en el enorme despacho-salón, se quedó mirando, en verdad atónita, al hombre que estaba detrás de la mesa. Tan atónita que, de momento, no pudo prestar atención a los grandes mapas de Europa y del mundo que ocupaban las paredes, entre libros y bellos cuadros de temas militares. Ni a la enorme fotografía de Adolf Hitler que había detrás mismo de aquel hombre.

Y todo ello, porque ese hombre era, en verdad, pasmoso. Debía tener alrededor de treinta años, tenía los ojos claros, el cabello castaño y cortado poco menos que a cepillo. Facciones correctas, casi hermosas, de gesto altivo. Sobre su labio superior un corto bigotito que apenas ocupaba el espacio inmediatamente debajo de la nariz. Es decir, un bigotito idéntico al que lucía Hitler en la gran fotografía. Para resumir, Erika Schenk tenía ante ella a un hombre que parecía la reproducción de Hitler, el *Führer* del III Reich.

Rudolf Bentz se acercó a la mesa, lanzó su vibrante «¡*Heil*, Gormann!» dando un taconazo, y se colocó de perfil con respecto al hombre de la mesa y a Erika.

—Mi *Führer*, permítame presentarle a la señorita Erika Schenk, de quien estuvimos hablando anoche. Señorita Schenk, le presento al *Führer* Adolf Gormann.

Erika consiguió reaccionar, y se acercó a la mesa. Adolf Gormann se puso en pie, la rodeó, y salió a su encuentro, con gesto sumamente cortés, sonriendo amablemente. Era más bajo que Erika, pero, indudablemente, se consideraba muy por encima de ésta.

—¿Cómo está usted, *fraulein* Schenk? —se interesó, tendiéndole la mano.

—Bien… Muy bien, gracias, señ…

—*Führer*… —se apresuró a corregir Rudolf—. Mi *Führer*, señorita Schenk.

—Sí… Perdone. Es un placer conocerle, mi *Führer*.

—Naturalmente —asintió Adolf Gormann—. Bien, tengo entendido que usted ha manifestado la… osada pretensión de estar capacitada para juzgar mi… calidad mental.

—Bueno… No es que haya pretendido… La verdad es que no se me había ocurrido que… Quiero decir…

—No se ponga nerviosa. Por el momento, y a fin de que el asunto que nos está relacionando llegue a buen término, voy a rogarle que me trate como a una persona cualquiera. De otro modo, su inferioridad de condiciones podría impulsarla a emitir un veredicto inexacto sobre mi persona en cuanto a inteligencia se refiere. Propongo que hasta que emita usted ese veredicto nos llamemos, sin protocolo alguno, Erika y Adolf, simplemente. ¿Le parece bien?

—Sí…, Adolf. Sí, perfecto, gracias.

—Espero que esta situación no dure demasiado, de todos modos. ¿Quieres sentarte, Erika?

—Sí… Gracias.

Erika se sentó en el sofá, mirando entonces a todos lados, viendo los mapas, la fotografía de Hitler, los libros, los cuadros… El suelo estaba protegido por grandes alfombras de calidad fuera de toda duda. Era un lujo sobrio, pero absoluto, indiscutible.

—Supongo que has desayunado —preguntó Gormann, sentándose frente a ella en un sillón.

—Sí, desde luego, en el hotel.

—¿Te apetece café, o té…?

—Tomaré té, sí, gracias.

Adolf Gormann miró a Rudolf Bentz, que asintió y salió del despacho. Gormann ofreció cigarrillos a Erika Schenk, encendió uno para si, y se quedó contemplando placenteramente el humo, que aparecía casi blanco al resplandor del sol que llegaba desde la gran puerta-ventana que comunicaba directamente con el jardín. Desde el cual, amortiguadas, llegaban las órdenes del capitán que mandaba el pelotón de futuros miembros de las SS.

—Naturalmente, todo esto te ha dejado muy sorprendida —dijo, de pronto, Gormann, sonriendo.

—Debo admitir que así es. Y mucho.

—Es disculpable. ¿Tienes noticias de Angelo?

—Pues no… Es él quien está esperando noticias mías.

—Ah, claro. Bueno, vamos ante todo a aclarar unos pequeños detalles, que el coronel Bentz no tuvo en cuenta. Respecto a Herman Stolz, según entiendo, Angelo debía recogerlo para llevarlo a algún lugar que todavía no estaba determinado, así que no voy a preguntarte qué lugar era ése. Lo indudable es que Stolz se había puesto en contacto con un amigo de Angelo para contratar sus servicios… ¿En qué consistían exactamente y completamente esos servicios?

—Llevarlo a donde él pidiese y facilitarle una documentación nueva. Luego, olvidarlo.

—Entiendo. O sea que la documentación era… las otras cosas que Stolz esperaba de vosotros. ¿No sabéis nada más de Stolz, ni de las personas con las que estaba relacionado en Stuttgart?

—No. Pero Angelo puede ordenar una investigación, y estoy segura de que podríamos…

—Precisamente, se trata de todo lo contrario. Cuando te comuniques con Angelo, le dirás que olvide completamente todo lo que se relacione con Herman Stolz. ¿Comprendido?

—Por supuesto.

—Magnífico. Me ha dicho Rudolf… el coronel Bentz, que hablas siete idiomas.

—Así es.

—El ruso, entre ellos.

—Sí.

—Aclaremos esto: ¿lo hablas bien…, o sabes unas cuantas palabras para salir de un apuro?

—Lo hablo y lo escribo correctamente.

—Espléndido. ¿Qué importancia tiene en tu vida la cuestión sexual? ¿Adoras el sexo?

—Yo no adoro nada —frunció el ceño Erika—. En cuanto al sexo concretamente, es algo que me tiene sin cuidado.

—Entonces…, ¿no eres la amante de Angelo?

—No. Ni lo soy de él ni pienso serlo de nadie, por ningún motivo.

Era un tiro al azar, en realidad, el que disparó Erika Schenk, basado únicamente en el modo de preguntar estas cuestiones el hombre que tenía delante, observándola atentamente. Y el disparo

dio en el blanco de lleno, en plena diana.

—Perfecto —aprobó con entusiasmo Adolf Gormann—. ¡Perfecto! No me gustan las personas que hacen del sexo el centro de toda su vida. El sexo no es más que un… elemento inevitable, destinado a la reproducción, y nada más. Un ser superior no puede, de ninguna manera, permitir que influya en sus decisiones y en su modo de vida. Parece que nos iremos entendiendo, Erika.

—Así lo espero. Sin embargo, hasta ahora sólo has preguntado tú, y no debemos olvidar que yo estoy aquí precisamente para preguntar.

—¿Realmente lo consideras necesario? —alzó las cejas Adolf Gormann—. ¿Todavía no te has dado cuenta de la grandiosidad de la misión que hemos emprendido?

—Debo ser yo la que no tiene mucha inteligencia —sonrió la rubia y hermosa Erika—, porque… no, no he comprendido aún de qué se trata, Adolf.

—Me imagino que eres alemana, de pura raza aria.

—Sin duda alguna.

—Eso está bien —aprobó con entusiasmo el *Führer*—. Y no dudo que habrás observado que todos mis jefes son asimismo arios puros. Pero ése es solamente un punto de partida al que, de momento, no voy a conceder demasiada importancia… No quisiera cometer el mismo error dos veces.

—¿A qué te refieres? —se interesó Erika.

—En anterior ocasión partí de la base de exterminar a los no arios, y eso… diversificó mis fuerzas en todos los sentidos. Esta vez…

—Perdona… ¿A qué otra vez te refieres?

—A mi anterior encarnación. Fue un error preocuparme tanto de los judíos, por ejemplo. Un error grandísimo, que ahora voy a evitar cuidadosamente. No caeré en el mismo fallo de la otra vez.

Erika Schenk, que de nuevo había abierto la boca en gesto de pasmo, tuvo que comprender, pero se resistía a exponer lo que pensaba. Mejor dicho, se resistía a pensar lo que estaba pensando. Por fin, su mirada fue hacia la gran fotografía de Adolf Hitler, estuvo allí fija unos segundos, y regresó a Adolf Gormann.

—Si no estoy entendiendo mal —musitó—, tú crees que eres una nueva encarnación de Adolf Hitler.

—Naturalmente. Soy Adolf Hitler. Sólo que esta vez, mi apellido es otro… Lo cual no tiene ninguna importancia. Nací como Adolf Gormann dos años después de la muerte de mi anterior cuerpo, de mi anterior envoltura carnal, pero, evidentemente, soy el mismo…, sólo que con más experiencia y una inteligencia enriquecida por mis conocimientos de la muerte. ¿Acaso tú no crees en la reencarnación?

—No estoy segura de que sea cierta —movió la cabeza Erika Schenk—, pero es una teoría que conozco perfectamente: según ella, una persona que muere vuelve a la vida, reencarnando en otra persona física, pero teniendo el mismo espíritu. De acuerdo a eso, yo estoy hablando ahora con el espíritu de Adolf Hitler…, contenido en la persona de Adolf Gormann.

—¡Exactamente! Y como te decía, esta vez no voy a cometer los mismos errores… Empezaré por hacer las cosas de modo que, en esta ocasión, los americanos estén de mi parte, no frente a mí. ¿Cómo voy a ser tan estúpido de menospreciar el poderío militar de Estados Unidos de América?

—Realmente, eso sería una estupidez —murmuró Erika.

—Por lo tanto, esta vez los Estados Unidos serán mis aliados, no de Rusia y los demás. En cuanto a los judíos… —Gormann frunció el ceño—. La verdad es que no me hace mucha gracia tratar con ellos, pero lo haré. La inteligencia se demuestra cuando sabemos sobreponer nuestras conveniencias a nuestros impulsos, ¿no estás de acuerdo?

—Completamente.

—Por eso, esta vez no atacaré a los judíos —Gormann sonrió astutamente—. Esta vez, los utilizaré. Serán carne de cañón, lucharán y trabajarán para mí, y, cuando todo haya terminado, los exterminaré sin dificultades, a todos, en masa. ¿No te parece esto mucho mejor que distraer mi poderío militar persiguiendo judíos?

—Sin duda alguna. Es una muestra de buen sentido y de amplia estrategia… ¿Qué has querido decir con eso de «cuando todo haya terminado»?

—La Gran Guerra. Y esta vez sí que será la Gran Guerra, porque será la última. Después de esa guerra, el mundo entero se llamará Alemania. Sin más. No Alemania de aquí, o Alemania de allá, del Este o del Oeste, Democrática o Federal… ALEMANIA,

simplemente. El centro del mundo estará en Berlín…, y todo el resto, será Alemania. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Tienes razón —aprobó con entusiasmo Erika—: ¿cómo podría ser de otro modo? Pero me pregunto…

La puerta se abrió, y apareció un soldado alemán, empujando un carrito, en el que había un servicio de té, humeante. Junto al soldado, entró Rudolf Bentz, que miró críticamente a Erika.

—Ah, el té —se puso en pie Gormann, sonriendo—. ¿Sabe, coronel Bentz?: ¡me parece que hemos hecho una gran adquisición con Erika!

—Me alegra muchísimo, mi *Führer*. Pero deberíamos saber si ella piensa lo mismo con respecto a nosotros.

—¡Qué duda tan absurda! —se irritó Gormann—. Veamos, Erika, ¿qué opinas sobre lo que acaba de decir Rudolf?

—De un modo general, parece que no debo tener dudas sobre unos proyectos tan altos y admirables, pero… me pregunto cómo van a poder llevarse a cabo, Adolf. El mundo parece haber aceptado que Alemania esté actualmente dividida, y por lo demás…

—¡El mundo es sólo una inmensa pocilga, actualmente! Pero nosotros limpiaremos esa pocilga, y la convertiremos en el jardín de nuestra nueva y única Alemania… ¡Lo haremos!

—¿Cómo? ¿De qué modo?

—¡Ya te he dicho que pondremos en marcha la Gran Guerra!

—Continúo preguntando: ¿cómo? ¿Y cómo conseguiremos que Estados Unidos apoye la acción de nuestros planes?

—¿Lo ves? —señaló Gormann a Erika—. ¡Ha dicho «nuestros» planes! Eso sólo puede significar que Erika los ha entendido, y que los aprueba…

—Pero, Adolf, no puedo aprobar una cosa de la cual desconozco los detalles, el modo en que podemos conseguirla —insistió la rubia Erika—. Supongo que he debido decir que la idea me gusta, y que vale la pena pensar seriamente en ella. Pero, para dar mi aprobación, tendría que saber cómo piensas enfocar esa Gran Guerra, que sería el triunfo definitivo de nuestra Alemania.

—¡Te lo voy a decir! ¡Nosotros haremos…!

—Mi *Führer* —interrumpió Rudolf Bentz—, el té va a enfriarse. Por otra parte, si me permite recordárselo, deberé recibir instrucciones concretas, antes de regresar a Stuttgart.

—Sí, es cierto —reflexionó Gormann—. Además, tenemos que hacer el último estudio de las disposiciones tácticas que trajiste ayer… Creo que deberás esperar un poco para conocer las explicaciones completas, Erika. Y por otra parte… —frunció el ceño —, por otra parte, me pregunto si realmente es necesario que sepas tantas cosas, ya que sólo se trata de que Angelo y tú os pongáis a mi servicio. ¿Crees que aceptará?

—Si hay posibilidad de triunfo, sí, estoy segura.

—¡Posibilidad de triunfo! —bramó el *Führer*—. ¡No hay la menor posibilidad de derrota! ¡Nuestro ejército…!

—Aún no hemos visto las últimas disposiciones tácticas, mi *Führer* —interrumpió de nuevo Rudolf Bentz—. Creo preferible hacerlo en un momento de mayor sosiego para la señorita Schenk. Mucho me temo que está tan impresionada, que no llegaría a percatarse realmente de la importancia de todo esto… ¿No es cierto, Erika?

Por un instante, pareció haber un desafío en el aire, suspendido como una descarga eléctrica entre los ojos atentos y fríos de Rudolf Bentz y los azules y calmados de Erika Schenk. Pero ésta sonrió deliciosamente, y asintió.

—Me parece que Rudolf tiene razón… Antes de ir más adelante en mis conocimientos, que darían lugar a conclusiones, será conveniente que me serene un poco, Adolf. No es fácil asimilar en minutos todo lo que me has dicho.

—Está bien —sonrió, satisfecho, Adolf Gormann—. Tomemos el té, en ese caso ¿Conoces a «Objektiv»?

—¿Cuál objetivo? —alzó las cejas Erika [3] .

—No, no —rió Gormann—. No se trata de ningún objetivo de planes o proyectos, sino de mi perro, que se llama así «Objektiv».

—No, no lo conozco…

El *Führer* miró al soldado que terminaba de servir el té.

—Trae a «Objektiv» cuanto antes, Fred.

—Sí, mi *Führer*. Por cierto que el pobre animal está muy nervioso e impaciente… Supongo que está deseando venir a saludarlo, mi *Führer*.

—Pues no le haremos esperar más. Siéntese, coronel Bentz, y tome el té con nosotros… No debe ser tan impaciente. ¿Para cuándo le esperan en Stuttgart?

—Debo regresar esta misma noche, mi *Führer*.

—¿Esta noche? No, no… Me parece muy precipitado… Quiero que se quede un día más, por lo menos. Como comprenderá, debo estudiar con gran detenimiento la estrategia de nuestro Estado Mayor, y aprobarla sólo cuando esté bien convencido. Sólo entonces partirá usted hacia Alemania, con mi aprobación, o, en su caso, mis instrucciones.

—Pero, mi *Führer*, me están esperando esta noche…

—Partirá mañana, coronel.

—Sí, mi *Führer*. En ese caso, quizá convendría que llamase por teléfono, a fin de evitarles preocupación por el cambio de planes, que naturalmente, desconocen.

—Yo llamaré a nuestro Estado Mayor. No quiero que lo haga usted, porque quizá mencionaría esta… extraña situación en la que una mujer se permite valorar mis méritos intelectuales. Más adelante, en una de las reuniones, yo contaré la anécdota, a mi modo, a los jefes del Estado Mayor. ¿Todo entendido?

—Perfectamente, mi *Führer*.

—Bien. Erika va a ser nuestra invitada un día o dos… Me gusta hablar con ella: lo comprende todo enseguida, y no parece que sea fácil asustarla. Otra cosa que me gusta de ella es su dominio mental sobre el sexual…, a menos que me estés engañando, Erika.

—Desde luego que no —negó ella, tras sorber el té—. Me prometí a mí misma no recibir hombre alguno, después del primer y único fracaso en este sentido, hace de ello ya muchos años.

—No serán demasiados —rió Gormann—. ¿Cuántos tienes?

—Veintinueve.

—Ah, magnífica edad… Sí, sí, Fred, puedes retirarte. No olvides a «Objektiv»… ¿Veintinueve? Pues si hace tantos años de esa fracasada experiencia sexual…, ¿cuántos años tenías entonces?

—Trece. Un hombre me violó… Bueno, realmente, no fue de un modo casual… Quiero decir que quizá yo provoqué un poco la situación, aceptando algunas delicadezas de él, y por último, una invitación. Supongo que era demasiado joven para comprender lo que realmente deseaba de mí aquel hombre. Cuando lo comprendí, ya lo tenía encima, y no pude… reaccionar. Sentía dolor, pero no sabía bien lo que estaba ocurriendo. Cuando me di cuenta, había sido desflorada, y me sentía como flotando… Me había drogado,

desde luego.

—Cerdo —jadeó Gormann—. ¿Lo denunciaste, supongo?

—No —el rostro de Erika pareció congelarse—. Comprendí que no conseguiría nada, con eso.

—¿Y qué hiciste, entonces?

Erika Schenk se quedó mirando fijamente a Adolf Gormann; luego, bajó la mirada, y volvió a beber té. Gormann frunció el ceño, y Bentz sonrió.

—Me parece que Erika prefiere no hablar de eso, mi *Führer*. Por nuestra parte, quizá sólo podemos decir que debía ser muy hermosa ya entonces, para despertar de ese modo los instintos de un hombre, de un adulto… Lo cual no creo que haya terminado, ¿verdad, Erika?

Ésta alzó la mirada, pero no tuvo necesidad de contestar, porque la puerta se había abierto de nuevo, y un enorme perro pastor alemán entró como un rayo y saltó sobre Adolf Gormann, ladrando alegremente, y dándole amplios lametazos en la cara.

—Quieto, quieto —reía el *Führer*—. ¡Quieto «Objektiv», ya basta! Te he llamado para presentarte a la señorita Schenk. Anda, ve a identificarla, vamos…

Gormann empujó el enorme perro hacia Erika, que se quedó mirándolo, sinceramente asustada. Debía pesar cerca de sesenta kilos, su cabeza era enorme, sus fauces, escalofriantes, sus ojos parecían de fuego, ahora que no estaba dedicado a hacerle caricias a su amo, sino a oler a una persona desconocida… Erika notó en sus manos la húmeda sensación del morro del animal, pero no se movió; parecía de piedra.

—No te asustes —tranquilizó Gormann—. Precisamente, he querido que «Objektiv» te huela bien y te sitúe entre las personas que pueden estar por aquí, con mi autorización. De no hacerlo así, tu vida no duraría mucho… A propósito; ¿llevas armas?

Erika tragó saliva, y musitó:

—Tengo… tengo una pistolita en… en mi maletín.

Rudolf Bentz vio el maletín en el extremo del sofá en el que estaba sentada Erika. Fue por él, lo abrió, y encontró enseguida la pistolita, que tendió a Gormann; éste la rniró con curiosidad, sonrió y se la guardó en un bolsillo. «Objektiv» había dejado de olfatear a Erika, y había ido a tenderse a los pies de su amo.

—¿Sólo ha traído esto? —preguntó Gormann, señalando el

maletín.

—Sí —dijo Bentz—. Ella llegó ayer por la tarde, en coche, de Marsella. Parece que esperaba volver anoche mismo, de modo que sólo trajo el maletín de uso personal. No va a poder ni cambiarse de ropa.

—Oh, puedo salir a comprarme cualquier cosa… —empezó Erika.

—Me temo que no, Erika —dijo apaciblemente el *Führer*—. Si realmente tuvieses necesidad inevitable de algo, nosotros nos encargaríamos de proporcionártelo. Mientras tanto, vamos a esperar a entendernos de un modo total, y entonces avisarás a Angelo para que venga a recibir sus instrucciones generales. ¿Te parece bien?

—Desde luego, Adolf.

—¿Puedes comunicarte con Angelo?

—Sin duda alguna. Sólo tengo que llamar a determinado número de Marsella…, lo cual supongo podría hacer desde aquí.

—Naturalmente… ¿Qué está mirando tanto, coronel?

—Hay cosas curiosas en este maletín…, que de por sí ya es curioso: gemelos de teatro, una cámara fotográfica con trípode muy pequeño, secador de cabello… ¿Es necesario todo esto, Erika?

—Mi vida resulta interesante, en muchas ocasiones —sonrió la bellísima rubia—. Y cada uno sabe cómo debe ir equipado para afrontar las diversas situaciones, Rudolf.

—Buena respuesta —rió Gormann—. Bien, tengo mucho trabajo esta mañana, así que voy a rogarles que me dejen solo. Terminaré de estudiar las disposiciones tácticas de nuestro Estado Mayor, y cambiaremos impresiones después de cenar… ¿Entendido, coronel?

—Sí, mi *Führer*.

—Magnífico. En cuanto a ti, Erika, lo único que voy a rogarte que no hagas, es molestar a quienes trabajamos, y no intentar abandonar la quinta. Por lo demás, eres libre para todo… Nos veremos a la hora de la cena.

—Muy bien. Subiré a ver mi dormitorio, y me dedicaré a cualquier cosa que no moleste a nadie. Lástima que no tengas un violín aquí, Adolf.

—¿Por qué dices eso? —se irguió vivamente el *Führer*.

—Porque me entretendría tocando algo de música, claro.

—¿Sabes… tocar el violín? —exclamó Gormann.

—Sólo un poco… Siempre me ha encantado la música de violines.

—A mí también —musitó Gormann—. ¡Parece que tenemos muchas cosas en común!

—Eso suele suceder con las personas inteligentes —rió Erika.

—Enviaré a Fred a comprarte un violín a Cannes… ¡Y espero que nos deleites con algo hermoso, después de la cena!

—Lo haré con mucho gusto.

—Pero, mi *Führer* —masculló Bentz—, después de la cena debemos estudiar los…

—Hay tiempo para todo —decidió salomónicamente Gormann —. Cenaremos, estudiaremos los proyectos tácticos, y, finalmente, nos relajaremos con la bella música que, sin duda, tocará Erika… Pueden retirarse.

Capítulo V

Adolf Gormann parecía estar en éxtasis, simplemente. Tenía cerrados los ojos, las manos sobre el vientre, la espalda recostada en el respaldo del sillón… Su expresión no podía ser más beatífica. El coronel Bentz, y el comandante Marxel, invitado a última hora, permanecían erguidos en sus asientos, inmóviles, mirando con fijeza a Erika Schenk, que de pie delante de uno de los cuadros, estaba interpretando *Viaje de invierno*, de Franz Schubert, en un arreglo que tenía estupefactos a los «militares» alemanes.

Sobre una mesita, el servicio de café, finas copas con coñac francés, aromáticos cigarros que perfumaban agradablemente el gran salón-despacho del *Führer* de la gran y única Alemania futura, inminente…

Por fin, Erika dejó de tocar. Quedó unos segundos también como en éxtasis, y luego bajó el violín y el arco, y se quedó mirando a Gormann. El coronel Bentz y el comandante Marxel hicieron lo mismo. Adolf Gormann permaneció todavía como en éxtasis algunos segundos. De pronto, abrió los ojos, se puso en pie, y comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! —elogió—. ¡Bravo!

Bentz y Marxel comenzaron también a aplaudir, puestos en pie, observando cada vez con más perplejidad a la extraordinaria mujer que, sonriente, agradecía los aplausos, con graciosas inclinaciones de cabeza…

—Son ustedes demasiado amables, caballeros —se atrevió a protestar—. Soy sólo una aficionada…

—¡Bravo! —la interrumpió Gormann—. ¡Bravo!

—Por favor… Por favor, Adolf…

—El *Führer* tiene razón —apoyó Marxel—. Ha sido una ejecución exquisita, *de Viaje de invierno*. Un tanto sorprendente en

este solo de violín, pero exquisita… ¿No está de acuerdo, mi coronel?

—Por supuesto —mascullló Bentz—. Por supuesto, sí. Ha sido una elección muy adecuada, además. Evidentemente, Erika sabe cómo halagar a las personas.

—Lo cual requiere mucho tacto, y una amplia cultura, que facilite esas intenciones —dijo Gormann, acercándose a Erika y tomándole una mano para besársela—. Gracias por elegir a Schubert, Erika.

—Me pareció que, siendo un músico austríaco, como Hitler, sería de tu agrado. Por cierto, Adolf: ¿también en esta encarnación has nacido en Austria?

—No —rió el *Führer*—. Pero eso son simples incidentes, que, naturalmente los espíritus no tienen en cuenla. Una raya en un mapa no significa nada…, sobre todo, teniendo en cuenta que muy pronto todas esas rayas serán borradas.

—Ojalá sea pronto, efectivamente. ¿Cuándo, Adolf?

—El *Führer* y yo hemos estado estudiando, antes, las disposiciones estratégicas de nuestro Estado Mayor —se adelantó Bentz, con una copa de coñac en cada mano, y ofreciendo una a Erika y otra a Gormann—. Esperamos que los planes iniciales podrán ser puestos en marcha muy pronto. Como máximo, dentro de un mes. ¿Brindamos por ello, mi *Führer*?

—¡Brindemos por ello! —exclamó Gormann, brillantes los ojos.

Marxel se acercó con otras dos copas, una de las cuales entregó a Bentz. Las cuatro copas fueron alzadas, y Erika se apresuró a exponer su brindis:

—Por Alemania… Por los sueños dorados del hombre que puede convertirlos en realidad. ¡*Heil*, Gormann!

—¡*Heil*, Gormann! —bramaron— a la vez Bentz y Marxel, dando taconazos y alzando el brazo derecho precipitadamente.

—Gracias… —murmuró, emocionado, el *Führer*—. Gracias a todos. ¡Por Alemania!

—¡¡¡Por Alemania!!!

Los hombres vaciaron la copa de un trago, mientras Erika bebía un sorbito, mirando, sonriente, con fijeza, a Gormann, que también la miraba como fascinado… Bentz fue a dejar su copa sobre la mesita, y dijo:

—Puesto que todo quedó concretado después de la cena, partiré hacia Stuttgart por la mañana temprano… ¿Ordena alguna cosa más, mi *Führer*?

—Nada, coronel —negó Gormann—. Puede retirarse. Y feliz viaje.

—Yo también quisiera retirarme —dijo Erika—. Ha sido un día… demasiado completo. Y mañana quisiera estar en perfectas condiciones para seguir conversando contigo, Adolf. Aunque, por mi parte, si lo deseas, puedo llamar ya a Angelo y decirle que seríamos unos necios si no pusiésemos todo nuestro grupo y nuestros recursos, en Europa y África, a tu disposición.

—Quizá sería mejor esperar a mañana —sugirió Bentz—. Una llamada así, tan precipitada, podría hacer pensar a Angelo que sus conclusiones eran un tanto precipitadas, Erika.

—En efecto —aprobó Gormann a su coronel—. Mañana podremos estar charlando todo el día, Erika, y de este modo podrás informar mucho más completamente a Angelo, sobre mí.

—Como quieras —sonrió Erika—. Buenas noches.

La hermosa rubia se dirigió hacia la puerta. Y entonces, el impresionante pastor alemán, que había permanecido echado en un rincón, sobre la mullida alfombra, se puso en pie y fue tras ella. Erika se volvió a mirarlo, un tanto sobresaltada, pero «Objektiv» alzó el morro, lo puso en su vientre, y se quedó mirándola dulcemente, moviendo su espesa cola. Bentz frunció el ceño, Marxel quedó estupefacto, y Adolf Gormann lanzó una carcajada.

—¡Me parece que «Objektiv» te está felicitando por tu interpretación de *Viaje de invierno*! —exclamó.

Erika acarició la cabeza del animal, que emitió un gemido casi humano. Intentó salir del salón-despacho de Gormann, pero una seca orden de éste le hizo regresar, aunque un tanto reacio… Afuera, en el vestíbulo, los dos soldados que montaban guardia delante de la puerta, se cuadraron y saludaron, al aparecer Bentz y Erika. El primero correspondió con un gesto amable, y continuó hacia la escalera que llevaba al primer piso, donde estaban los dormitorios.

—Tiene usted una gran habilidad para ganarse a las personas, Erika —murmuró Bentz.

—Es algo que está al alcance de todos —sonrió ella—. Nada hay

más fácil que ser amable, Rudolf: basta con proponérselo. ¿Sabe que hay una cosa que me tiene muy intrigada sobre Adolf?

—¿Qué cosa?

—Bien… En su encarnación anterior, fue un hombre… apasionado. No sólo en cuanto a sus ideales, sino en el aspecto personal. Naturalmente, todos sabemos que Adolf Hitler vivió y finalmente se casó con Eva Braun, de la cual, no cabe dudarlo, estuvo muy enamorado… ¿Cómo es posible que, en esta encarnación, Adolf Hitler…, o Adolf Gormann, sienta animosidad hacia el sexo?

Habían llegado arriba, al amplio pasillo que distribuía las habitaciones. Bentz se volvió a mirar hacia abajo, con cierto aire de conspiración, y luego sonrió fríamente.

—Estoy seguro de que es usted demasiado inteligente para decirle al *Führer* que yo la he puesto al corriente de esa animosidad hacia el sexo: sencillamente, él es impotente.

—¡Oh! Vaya… Bueno, no ha sido muy afortunado en esta reencarnación, ¿verdad?

Rudolf Bentz frunció el ceño.

—No se engañe con Adolf —susurró—. No es un infeliz, ni un loco, como quizá haya llegado a pensar usted. Sólo tenga en cuenta que la está tratando de un modo absolutamente especial, y eso, porque le interesa reclutar gente como Angelo. Una vez haya conseguido su objetivo, las cosas serán muy diferentes entre ustedes dos, Erika. Ya no podrá llamarlo Adolf, ni tomar el té con él, ni participar en una velada tan extraordinaria como ésta… Adolf sólo piensa en su objetivo.

—Entiendo. Bien, buenas noches, Rudolf, que descanse… ¿No nos veremos mañana?

—No. Me voy muy temprano.

—Pues hasta la vista… ¡Oh! ¡He olvidado mi maletín…! Voy a busc…

—Yo se lo subiré, con mucho gusto.

—No, no, ya voy…

—Le digo que lo haré con mucho gusto —insistió secamente Bentz.

Sin esperar a más, regresó al salón-despacho, del cual salió con el maletín, que segundos después entregaba a Erika, ante la puerta

del dormitorio de ésta…, que no había conseguido su objetivo de reunirse a solas con Adolf Gormann.

—Muchas gracias, Rudolf. Adiós.

—Adiós.

Erika Schenk entró en su dormitorio, cerró la puerta, y se quedó apoyada en ésta, atento su oído. Sonaron los pasos de Bentz, una puerta al ser cerrada… Luego, el silencio. Desde luego, Rudolf Bentz era demasiado inteligente y desconfiado. No acababa de confiar en ella, era evidente, pese a que había sido él quien la había traído a la casa. Al parecer, temía que la bella Erika pudiese llegar a tener un cierto ascendiente sobre el *Führer*… ¿Realmente no estaba loco Adolf Gormann?

Erika fue al cuarto de baño, y estuvo unos segundos mirándose al espejo, antes de quitarse las lentillas de contacto con color verde, dejando al descubierto sus azules ojos. En esta ocasión, no estaba usando una peluca rubia, sino que se había teñido con el tinte especial creación de McGee, y que utilizaba sólo de tarde en tarde. Era una imprudencia quitarse las lentillas, pues estaba segura de que Bentz la miraba cada vez con más circunspección, pero tampoco podía estar todo el día con ellas puestas. Y menos, para dormir…

Se desnudó completamente, se limpió los dientes, las manos… Refrescó un poco sus ojos con un colirio sedante, y poco después procedía a cepillarse el cabello. Decididamente, no se gustaba de rubia… Abajo se oyó un taconazo fortísimo, y el saludo llegó no menos vibrante:

—¡*Heil*, Gormann!

Erika se quedó mirando el cepillo para el cabello… De pronto, apretó el mango como sólo ella sabía hacerlo, y apareció el agudo estilete de acero, lanzando destellos; otro de los «simpáticos» inventos de McGee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA La expresión de Erika Schenk se fue endureciendo, enfriando de un modo que habría sorprendido e incluso alarmado a cualquiera de los «militares» de aquella casa… Oyó la puerta de una habitación al cerrarse: el *Führer* se retiraba a descansar. Miró su relojito. Realmente, era ya muy tarde, y Número Uno debía estar intranquilo… Sin embargo, todavía esperó casi una hora, hasta que la casa estuvo en completo silencio, antes de recurrir a la radio

disimulada en el paquete de cigarrillos. Sentada en la cama, cubierta solamente con un diminuto y ligero camisoncito delicioso, Erika Schenk alzó uno de los cigarrillos.

En el acto, sonó la voz de Número Uno, tensa:

—¿Estás bien?

—Sí, mi amor, no te preocupes.

—¿Para quién era el violín?

—Oh —sonrió la divina espía—. Bueno, he dado un pequeño concierto al *Führer*.

—¿A quién?

—El *Führer* Adolf Gormann, la reencarnación de Adolf Hitler.

—Naturalmente, no estás divirtiéndote con una de tus bromas.

—Claro que no, mi amor. Escucha atentamente…

Erika Schenk informó, con toda precisión, a Angelo Tomasini, Número Uno, sobre lo que había encontrado en aquella quinta, desde la que se dominaba la bella Cannes y el mar. No fue interrumpida ni una sola vez, porque Número Uno sabía que ella lo estaba explicando todo de tal modo que no cabía pedir aclaraciones: lo que tuviese que saber él, ella se lo diría, simplemente.

—Está bien —murmuró, cuando estuvo al corriente—. Tú dirás lo que quieras, pero esa gente está loca.

—Quizá. Pero, de todos modos, no son estos hombres ni esos hermosos muchachos de las SS quienes me preocupan, sino… el Estado Mayor, que, indudablemente, está en Stuttgart.

—Es posible que alguno de esos hombres esté relacionado con el «Daimler» que quedó en el aeropuerto, de modo que tus Simones localizarán a quien sea… Y entonces, pedirán instrucciones a su adorada Baby. ¿Podrás dárselas?

—La adorada Baby ya tiene su plan pensado. Y lo va a poner en práctica inmediatamente. He tenido más de una hora de tranquilidad para pensarlo.

—Brigitte…

—Tranquilízate, mi amor. Ellos no tienen ni idea de la clase de víbora que han metido en su casa. Supongo que estás en un coche, cerca de la quinta.

—Claro.

—Sigue ahí, y no hagáis nada, salvo que yo tenga que utilizar una de mis cápsulas incendiarias. Si veis la llamarada azul en la

casa, o en el jardín, intervenid. En caso contrario, si eso no ha ocurrido antes de una hora, podéis descansar, pues será señal de que todo me ha salido bien.

—Brigitte, no cometas…

—Te llamaré a primera hora de la mañana. Adiós, mi amor.

Bajó el cigarrillo, dejó el paquete en el maletín, y de éste sacó un tarro de crema facial… que nunca utilizaba, ya que sólo servía para que, en el doble fondo, viajasen siempre con ella las pequeñas cápsulas incendiarias contenidas en estuches plateados, como si fuesen analgésicos corrientes. Con un pedacito de esparadrapo de color carne, sujetó una de estas cápsulas en la parte más superior de su muslo derecho, de modo que quedó oculta por el vello, y probó cuidadosamente que no pudiese reventarla ella con algún movimiento brusco; claro que la cápsula debía ser lanzada con cierta fuerza para que estallase, pero habría sido absurdo que ella misma se convirtiese en una antorcha de color azul…

Se acercó a la puerta, y estuvo escuchando unos minutos. El silencio era total, aunque sabía que debía haber guardia dentro de la casa. Y por supuesto, fuera, en el jardín… Abrió silenciosamente la puerta, y se asomó al pasillo, que estaba a oscuras. Pero, desde el vestíbulo de la casa, llegaba el más que suficiente resplandor de la iluminación de allí.

Cruzó el pasillo, bajó la manilla de la puerta del dormitorio de Rudolf Bentz, y entró…

—¿Quién…? —oyó a Bentz.

—Sssst. Soy yo, Rudolf: Erika. ¡No enciendas la luz!

Oyó el rumor en la cama, y comprendió que Bentz se había sentado. En seguida, a la luz lunar que había en la ventana, vio el brillo de una pistola… Se acercó a la cama, y puso una manita sobre la muñeca derecha de Bentz.

—Aparta eso, por favor. Y ven conmigo.

—¿Qué ocurre?

—No hables tan alto… Ven a mi dormitorio. Y no pienses porquerías: es importante, Rudolf.

—Pero… ¿qué pasa?

—No quiero alarmar a Adolf, pero he visto algo por la ventana que no me gusta. ¿Quieres venir o no?

Rudolf saltó de la cama, sin dejar la pistola. Erika lo tomó de

una mano, y tiró de él hacia la puerta. Salieron al pasillo, y de allí pasaron rápidamente y en silencio a la habitación de Erika Schenk, que cerró la puerta.

—¿Qué has visto? —susurró Bentz, con voz tensa.

—Ven…

Lo llevó hacia la cama. En aquella ventana también había el suficiente resplandor para que Bentz pudiese ver dónde estaba. Y vio a Erika tomar un cepillo para el cabello, de la mesita de noche. En seguida, Rudolf Bentz notó algo que lo dejó mudo de sorpresa… Sin duda, aquello que se puso sobre su muñeca derecha era la mano de Erika, una delicada y preciosa mano femenina…, pero que al alemán le pareció de pronto una tenaza de acero. La voz de Erika llegó a él como un viento helado y lejano, que tardó en comprender:

—Se llamaba Nicholas Ellison, tenía treinta y un años, era agente de la CIA, y tú lo asesinaste en la Danneckerstrasse de Stuttgart… ¡Esto es por él!

Rudolf Bentz ni siquiera oyó el chasquido del estilete al salir impulsado fuera del cepillo; sólo notó el golpe en el vientre, y sintió aquel horrendo frío en su interior, aquel desgarrar de su carne… El estilete fue retirado…, para regresar inmediatamente, con otro seco golpe, que estremeció a Bentz; su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron; la pistola cayó al suelo, junto a sus pies, en el momento en que Bentz recibía el tercer puntazo de acero, ahora más arriba…

Ya, ni siquiera se dio cuenta de que Erika Schenk se dejaba caer hacia atrás, sobre la cama, arrastrándolo a él encima suyo…, y comenzando a gritar agudamente, como si estuviese histérica, loca… Ya, Rudolf Bentz no se dio cuenta de nada, porque acababa de pagar la factura por la muerte de Simón-Nick Ellison, agente de la CIA Ni se dio cuenta de que Erika Schenk, sin dejar de gritar, se lo quitaba de encima, tirándolo fuera de la cama, saltando a su vez de ésta, recogiendo a toda prisa la pistola de él, y escondiéndola no menos rápidamente debajo del colchón…, y siempre, sin dejar de gritar agudamente…

Afuera se oyeron voces, pisadas precipitadas… La puerta del dormitorio de Erika se abrió, la luz se encendió. En el umbral de la puerta apareció el comandante Marxel, pistola en mano, mirando

con sobresalto a todos lados. Al ver a Bentz en el suelo, en pijama, manchado de sangre y con los ojos casi fuera de las órbitas, respingó, y apuntó rápidamente la pistola a Erika Schenk, que ahora sentada en la cama, y sosteniendo en una mano el cepillo con el estilete visible, continuaba gritando, gritando, gritando…

Adolf Gormann, también en pijama, apareció en el dormitorio, descompuesto el rostro por una mueca de sobresalto, de alarma.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Por qué gritó…? ¡Bentz!

Se precipitó hacia Rudolf Bentz. Marxel seguía apuntando con su pistola a Erika, que continuaba gritando. Detrás de Gormann habían entrado tres hombres más, lodos armados, sobresaltados. Se quedaron inmóviles al ver a su *Führer* arrodillado junto a Bentz, y luego miraron a Erika, que, de pronto, había dejado de gritar y había estallado en sollozos.

—Está muerto —dijo serenamente Gormann.

Marxel señaló el cepillo en la mano de Erika.

—Lo ha matado ella, desde luego —dijo con voz ronca.

Adolf Gormann miró a la hermosa rubia, se puso en pie, y se acercó a ella. Pudo quitarle el cepillo, sin ninguna dificultad.

—Ha vuelto a ocurrir —gemía ella—. ¡Ha vuelto a ocurrir, ha vuelto a ocurrir…!

—Erika —Gormann le apartó las manos del rostro—, Erika, ¿qué ha pasado?

—¡Ha querido hacerlo! ¡Y ha pasado lo mismo que aquella vez, y que la otra vez…! ¡No ha sido culpa mía!

—Cálmate. Por favor, cálmate y explica bien lo que ha sucedido.

Erika cerró los ojos, aspiró profundamente, y permaneció inmóvil y en silencio unos segundos. Cuando abrió los ojos, su mirada fue en primer lugar hacia Bentz. Luego, a Adolf Gormann.

—Adolf, lo siento —dijo con serenidad—. Lo siento, pero él quiso hacerlo. Ya me insinuó algo cuando subimos juntos, pero pensé que era una broma, no le hice caso. De todos modos, dejé a mano mi cepillo…, ¡y él lo ha intentado! Ya… ya es el tercero que…

—¿Quieres decir que has matado a tres hombres?

—Sí… Sí, sí, sí… El primero fue el que me violó. Días después, lo… lo esperé en un lugar adecuado, y le… le clavé un cuchillo de la cocina de mi casa, en la espalda. Lo maté… ¡Por eso no quise

hablar más de eso! Años después, otro hombre intentó abusar de mí, y le clavé unas tijeras en el vientre… Me dije que nunca más ningún hombre haría conmigo nada que yo no quisiera, y, desde entonces, voy preparada… ¡No me gusta que me usen, no me gusta, no puedo soportarlo…!

Adolf Gormann se pasó la lengua por los labios. Como los demás, estaba viendo a Erika Schenk prácticamente desnuda, pues ésta había desgarrado su camisoncito, mientras gritaba antes de que acudiesen ellos… Desnuda…, ¡y tan hermosa! Tenía la carne tersa, fina, y parecía de oro… Era como una bellísima muñeca de oro.

El *Führer* se volvió hacia sus hombres.

—Llevaos de aquí a Bentz —murmuró.

—Sí, mi *Führer*. ¿Y ella?

Adolf Gormann retiró delicadamente el cepillo mortífero de los deditos de Erika Schenk.

—Yo me encargaré de ella. Marchaos.

El cadáver de Rudolf Bentz fue retirado, la puerta, cerrada. Erika miraba con los ojos muy abiertos a Gormann, que procedió a quitarse el pijama. Permaneció inmóvil mientras él quitaba de su cuerpo los restos del camisoncito, dejándola completamente desnuda. Él la tendió en la cama, y se puso junto a ella…

—No —gimió Érika—. Por favor, Adolf, tú no…

—No temas nada de mí —sonrió dulcemente el *Führer*—. No debes temer nada.

—Pero… pero tú no quieres…

—No, no… Toca aquí… ¿Ves? Ni siquiera ocurre nada… Ya ves que ni siquiera estoy pensando en ello, no voy a intentar nada, sólo quiero consolarte, Erika.

—Pero luego querrás…

—Te digo que no. ¿Es que no te das cuenta de que no sería posible?

—Pero… Sí, me doy cuenta, pero es extraño que tú no… ¿No te gusto?

—Sí, pero sólo quiero abrazarte y consolarte. Sólo eso, no debes preocuparte por otras cosas, Erika… ¿No quieres confiar en mí?

—No sé… Creo que sí… Creo que me gusta que me abraces como lo estás haciendo, y que no intentes… llegar más allá… ¡No podría soportarlo, lo siento, Adolf, no podría…!

—Te digo que no debes preocuparte por eso. Sólo tranquilízate, y descansa… Así… Eso es…

—Oh, Adolf…, ¡cuánto lo siento! Si Rudolf ha muerto, mañana no podrá ir a entrevistarse con tu Estado Mayor… ¡Déjame que vaya yo en su lugar! ¡Debo hacerlo, ya que por mi culpa…!

—No te preocupes por eso: lo solucionaré.

—¡Pero quiero ir yo! Quiero hacerlo, de verdad… Temo que he matado a tu hombre de confianza… ¡Déjame que lo sea yo!

—¿Quieres ser mi hombre de confianza? —rió Gormann.

—Sí… Oh, bueno, no… Lo que quiero decir… ¡Le diré a Angelo que voy a quedarme contigo! ¿Me dejas quedarme contigo, Adolf? Eres el único que no ha intentado… Angelo también lo intentó, ¿sabes?

—¡Ese cerdo…!

—Todos… todos los hombres que se acercan a mí, lo intentan. Es lo primero que quieren… Todos, menos tú. ¡Adolf, déjame que me quede contigo! Le diré a Angelo que todo está bien, que trabaje para ti, y que me quedo contigo… Él lo entenderá. ¿Me dejas que me quede contigo? Adolf, por favor, por favor…

—Duerme… Duerme, Erika, mi pobre niña… Duerme: ya es muy tarde…

Dentro del coche, solo, sentado ante el volante, Angelo Tomasini, Número Uno, desvió un instante la mirada de la confusa forma del jardín de la quinta, para mirar su reloj. Habían transcurrido exactamente ochenta minutos desde que Brigitte se comunicara con él. Y como nada había ocurrido, quería decir que, fuese lo que fuese lo que ella había tramado, le había salido bien.

Así pues, Número Uno cerró los ojos, y, segundos después, quedaba dormido al volante del coche.

Capítulo VI

Adolf Gormann abrió los ojos, parpadeó, y enseguida se volvió hacia el otro lado de la cama…, que estaba vacío.

—¡Erika! —exclamó.

—¿Qué… qué?

La voz sonaba precisamente hacia aquel lado de la cama vacío, pero fuera y abajo, hacia el suelo. Gormann se desplazó, y contempló, asombrado, a Erika, que yacía, efectivamente, en el suelo, sobre la alfombra, y envuelta en una manta, mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces ahí? —se sorprendió el *Führer*.

—He dormido aquí… En cuanto te dormiste, salí de la cama.

—¿Por qué?

—Temía… Perdóname, Adolf, pero temía… que me estuvieses engañando, y que durante la noche…

—Ya te dije que no tienes nada que temer de mí —Gormann saltó de la cama, y se sentó junto a ella, acariciándole el rostro—. Mi pobre niña violada, no debes temer nunca nada de mí, en ese sentido.

—Perdóname, pero…

—Está bien, no importa. Ya irás convenciéndote de eso. Ahora, vistámonos: tenemos un día de mucho trabajo, por delante. Te espero dentro de media hora en mi despacho.

—Adolf: ¿vas a enviarme a ver a tu Estado Mayor? ¡Por favor, déjame ir a mí!

—Luego hablaremos de eso —volvió a acariciarla él dulcemente —. Te espero abajo.

Se incorporó, se puso el pijama, y abandonó el dormitorio de Erika. Ésta permaneció unos segundos inmóvil, escuchando. Luego fue al cuarto de baño, y procedió a ducharse con agua caliente, casi con furia, consiguiendo finalmente la sensación de que había

borrado de su carne todo contacto con la de Adolf Gormann. Se vistió, fue a escuchar tras la puerta, y luego, del maletín sacó la radio disimulada en el paquete de cigarrillos. Pero lo pensó mejor, y no llamó. Todo lo que podía decirle a Uno era que había matado a Bentz, cosa que él ya sabía que tenía que ocurrir, tarde o temprano…, y que había pasado una hora de aquella noche junto a otro hombre. Aunque hubiese ocurrido algo importante, Número Uno habría sabido comprender, pero era ella quien no quería ni querría mencionar eso.

Lo mejor era bajar a reunirse con Gormann, y luego, si había algo importante que decirle a Uno, ya se las arreglaría para hacerlo. Mientras tanto, sabía que él, allí fuera, bajo los tibios rayos del sol de aquel nuevo día, seguía vigilante y esperando…

Bip-bip…

Número Uno atendió la llamada, sin dejar de mirar hacia la quinta. Había dormitado a ratos aquella noche, pero estaba descansado y despejado, dispuesto para cualquier eventualidad.

—¿Sí? —musitó.

—Uno, voy a salir en avión hacia Stuttgart, dentro de un par de horas, desde Niza. Gormann me envía allá para llevar un portafolios a uno de los miembros de su Estado Mayor.

—¿Estás bien?

—Sí. Estuve a punto de llamarte antes, pero no tenía que decirte nada realmente importante entonces, salvo que anoche maté a Rudolf Bentz. Todo va bien.

—No se te ocurra abrir ese portafolios… Bueno, supongo que he dicho una tontería. ¿Cómo se llama ese miembro del Estado Mayor?

—Arnold Zimmerman. Tengo que encontrarme con él esta tarde en un garaje desocupado, en el 48 de la Landhausstrasse. No tengo tiempo para hablar más, mi amor. Adiós.

—Adiós.

El espía cerró la radio, la guardó, y quedó pensativo unos segundos. Luego puso el coche en marcha, y partió hacia el aeródromo de Cannes, donde tenía su avioneta. No había transcurrido más de una hora desde que recibiera la llamada de Baby cuando despegaba, en ruta hacia el Norte.

Ni siquiera se había molestado en dar explicación alguna a los agentes de la CIA que vigilaban la quinta. Tanto él como Brigitte

sabían perfectamente que lo que habían hablado ambos por radio lo habían escuchado los Simones con sus radios, y que, puesto que no habían recibido cambio de órdenes, debían seguir vigilando la quinta de Cannes, esperando los resultados de la acción de Baby, en Stuttgart.

A las doce y cuarenta y cinco minutos de aquella mañana, la rubia y bellísima Erika Schenk llegaba, en un avión de la «Air France», al aeropuerto de Stuttgart. Del aeropuerto se trasladó a la ciudad, en un taxi. Ya en Stuttgart, lo primero que hizo fue almorzar en un elegante restaurante. Algo más tarde, Erika Schenk entró en un cine, donde permaneció hasta las, seis de la tarde. Al salir del cine, tomó un taxi, en el que se hizo llevar a la Landhausstrasse. Se apeó en el cruce de ésta con la Kernerstrasse, y, tras mirar la numeración de la primera casa que apareció ante ella de la calle que le interesaba, echó a caminal en la dirección adecuada para llegar al número 48. Casi era ya de noche, pero se veía lo suficientemente bien para que los transeúntes masculinos se volvieran a mirar admirativamente a la preciosa rubia que caminaba llevando un gracioso maletín y un muy serio portafolios.

Como ajena a la lógica admiración que despertaba a su paso, Erika Schenk llegó finalmente ante el número 48, que correspondía, en efecto, a un viejo garaje desocupado. Erika se alejó, dio una vuelta hasta que fue completamente de noche, y regresó al garaje. Sin más complicaciones, empujó la pequeña puerta practicada en la grande, y entró cerrando tras ella. A la derecha había un interruptor, que accionó. Se hizo la luz, y Erika pudo caminar sin dificultades, entre viejas cajas y un camión, del cual sólo quedaba prácticamente el chasis, hacia el despachito del fondo. Llegó allí, encendió la luz del despachito, y accionó otro interruptor, que apagó la del garaje. Se sentó tras la polvorienta mesa del despacho, sacó cigarrillos del maletín, encendió uno, y se dispuso a esperar…, con una divertida sonrisita en los labios.

Casi un cuarto de hora más tarde, la puerta del garaje se abrió. Erika vio el rectángulo de luz, y las figuras de dos hombres entrando. El segundo cerró la puerta, y caminaron ambos hacia el despachito, sin duda alguna viendo perfectamente en éste a Erika, a través de los sucios cristales… Cuando entraron, Erika estaba mirándolos fijamente, inmóvil.

Uno de los hombres sonrió.

—¿Señorita Schenk?

—Sí.

—Me parece que tiene usted algo para nosotros.

Erika les miró despacio, atentamente. Ambos eran altos, fuertes, vestían bien, sus ademanes eran correctos, su modo de hablar era pulcro, tranquilo. Al menos, así le parecía el que había hablado hasta entonces. Ninguno de los dos hombres debía tener más de treinta y cinco años… Y ambos llevaban una pistola en el sobaco izquierdo, eso era algo que ella podía captar perfectamente.

—Sólo si uno de ustedes se llama Walter Waltermann —dijo, con voz tenue.

—No —rió el otro—. Ninguno nos llamamos así. ¿Le es igual el nombre de Arnold Zimmerman?

Erika sonrió entonces, y, por toda respuesta, tendió el portafolios hacia los dos hombres. El último en hablar se adelantó, lo tomó, y sonrió a su vez.

—Muchas gracias, señorita Schenk. Puede usted regresar a Cannes cuando guste.

—La verdad es que no tengo nada que hacer en Cannes, por el momento, y en cambio, sí tengo cosas que hacer aquí.

—No comprendo —alzó las cejas el apuesto sujeto.

—¿Qué es lo que tiene que hacer aquí? —preguntó el otro.

—Localizar a los miembros del Estado Mayor del *Führer*. Y por favor, no me digan que ustedes forman parte de ese Estado Mayor. Sé perfectamente que Adolf Gormann me ha tendido una estúpida trampa, con este portafolios: ni contiene nada interesante, ni está en manos de nadie que sea interesante… O mejor dicho, quizá el portafolios sí sea interesante. No me sorprendería que me hubiese estallado en las manos, si hubiese intentado abrirlo… Mientras tanto, quizá otro de los hombres de Gormann ha hecho el viaje por otra ruta para traer el portafolios verdaderamente interesante, a una persona que no se llama, claro está, Arnold Zimmerman. O a varias personas…, que son las que, precisamente, quiero conocer. ¿Me he explicado bien?

—Demasiado bien. ¿Quién es usted?

—Una mujer que tiene el oído muy fino. Lo cual no parece que sea la mejor cualidad de ustedes… ¿De verdad no han oído nada?

—¿Qué teníamos que oír?

—La llegada de otro personaje a este lugar. Ha entrado después de ustedes, y en estos momentos lo tienen detrás, apuntándoles con una automática… ¿Verdad que estás ahí, mi amor?

—Sí —llegó una voz por detrás de los dos hombres.

Éstos palidecieron, y quedaron inmóviles. Erika sonrió, abrió el maletín, sacó la radio de repuesto, y dedicó casi un minuto a colocar las placas en la onda de la zona alemana en la que se hallaba. Acto seguido, apretó el botoncito de llamada.

—¿Simón?

—Sí. Hemos sido avisados de su regreso, y estábamos esperando que nos llamase para informarla sobre él «Daimler».

—Ah, magnífico. Precisamente, pensaba que no habrían conseguido nada, porque lo he visto todavía en el aeropuerto, y, al no haber acudido nadie a buscarlo, pensaba que estaríamos en blanco… ¿Qué han averiguado?

—Pues… precisamente, estamos en blanco. Vera usted, hemos sabido que el coche está a nombre de un tal Arnold Zimmerman, pero nadie llamado así vive en el lugar que constaba en el registro del coche. Mucho nos tememos que ese nombre sea falso, y que no será nada fácil localizar a ese hombre.

—Efectivamente, ese nombre es falso. Posiblemente lo estaba utilizando Rudolf Bentz, que además de coronel del *Führer* era un asesino muy hábil. ¿Saben ya que Bentz, el asesino de Simón-Nicholas Ellison, ha pagado su cuenta?

—Junto con el informe de su regreso a Stuttgart, hemos tenido la satisfacción de recibir esa noticia, que nuestros compañeros escucharon, durante su conversación con Número Uno, en Cannes. Gracias, en nombre de todos los Simones. Y… estamos a su disposición.

—Muy amable, Simón. ¿Pueden conseguirme un lugar tranquilo para conversar con dos caballeros?

—Naturalmente. Veamos… ¿Puede llamar dentro de diez minutos?

—Desde luego. Otra cosa: cuando dispongan ese lugar, envíen allá a nuestros dos compañeros de la camioneta, los que no pudieron evitar la muerte de Nick Ellison.

—¿Los va usted a utilizar? —exclamó Simón-Stuttgart.

—Quiero darles esa satisfacción…, que les prometí. Llamaré dentro de diez minutos para preguntarles adónde debo dirigirme, con nuestros dos invitados. Hasta luego, Simón.

—Hasta luego.

Erika Schenk cerró la radio, la depositó en el maletín, cerró éste, y se puso en pie.

—Estoy segura —dijo fríamente— de que uno de ustedes es el que iba en el «Daimler» con Rudolf Bentz, cuando éste disparó contra Nick Ellison y Herman Stolz. Y de que ustedes dos, junto con Bentz, son el personal para solucionar problemas, en Stuttgart, a los caballeros del Estado Mayor del *Führer*. Lo que indica que, de un modo u otro, ustedes pueden llegar a esos caballeros… En otras palabras: que saben sus nombres y dónde localizarlos. ¿Cierto?

Los dos hombres apretaron los labios por toda respuesta. Erika sonrió, asintiendo con gesto de apariencia amable.

—Por su aspecto y modales, ya he comprendido que son gente de gran mentalidad, duros, con firmes convicciones. Y precisamente por eso, ya nos están preparando un lugar donde dos hombres mortificados por la muerte de un compañero tendrán mucho gusto en convencerles de que su actitud no sólo es inútil, sino estúpida. Ahora, sean tan amables de colocar sus manos a la nuca, mientras yo les quito las pistolas.

Los dos hombres comenzaron a mover las manos hacia la nuca…, pero, mientras uno de ellos continuaba con este gesto, el otro lanzo un gruñido, desvío la mano derecha hacia su axila izquierda, y sus dedos se crisparon en la fría culata del arma…

Plop, chascó el disparo tras él.

La bala le alcanzó en la nuca, con tan fuerte impacto que le hizo saltar hacia delante, mientras un chorro de sangre brotaba de su garganta en pos de la bala, que fue a rebotar en la pared. En el breve espacio de tiempo en que esto ocurría, y mientras el hombre saltaba muerto al instante, el otro lanzó un grito ahogado, simuló querer girar hacia la puerta del despachito, y lo que hizo fue saltar hacia Erika Schenk, abrazándose a ella, y pasando inmediatamente detrás, de modo que la interpuso entre Número Uno y él, sujetándola con un brazo por la garganta, y deslizando la mano derecha hacia la pistola.

—¡Y ahora…! —comenzó a gritar.

El grito se convirtió en alarido cuando las manos de Erika sujetaron con fuerza aquel brazo que apretaba su garganta, y acto seguido se inclinaba con fuerza hacia delante, desplazando un poco las caderas hacia la izquierda. El hombre se encontró, de pronto, cabeza abajo, mientras sus piernas describían un gran arco hacia arriba, y, acto seguido, al llegar al suelo, sus pies golpeaban con tal fuerza, que le pareció que se rompían, que sus piernas iban a saltar en pedazos…

Pero, pese al dolor y al sobresalto, todavía quiso sacar la pistola. Para entonces, Erika Schenk, tras terminar la proyección de *ippon seoi nage*, en condiciones realmente difíciles, se inclinaba sobre el hombre, que yacía boca arriba, y su mano se cerró, formando un pequeño… y duro puño, que se hundió con seco impacto *tetsui* entre las ingles del hombre. Éste lanzó un berrido, desorbitó los ojos, su boca se desencajó, todo su cuerpo se crispó…, y de pronto, se relajó, privado del conocimiento.

Erika le quitó la pistola, y sonrió a Número Uno, que, en la puerta del despachito, estaba lívido.

—Supongo que tienes coche, mi amor —dijo tranquilamente.

—Sí —musitó él—. Lo alquilé en cuanto llegué esta mañana…, y os he estado siguiendo a los tres. Mejor dicho, los seguía a ellos, que te seguían a ti.

—Ya me di cuenta. Pero ellos entraron en el cine, y tú no. O al menos, yo no te vi. ¡No me digas que sí estuviste en el cine!

—Claro que estuve —gruñó Uno, guardando la pistola—. Está bien, ya veo que no ha pasado nada, y que los dos esperábamos una reacción así de estos hombres. Supongo que dejaremos aquí al muerto y nos llevaremos al vivo. Voy a buscar el coche.

Erika se acercó, y se colgó de su cuello.

—¿Por qué estás enfadado? —musitó—. Deberías estar contento de verme, ¿no te parece?

—Todavía no estoy seguro de que la trampa que te ha tendido Gormann termine aquí —refunfuñó Uno.

—Claro que sí. A él lo tengo convencido, y si ha hecho todo esto ha sido para convencer a sus oficiales. Te aseguro que Gormann espera que todo salga bien, que yo regrese, tras haber pasado satisfactoriamente la prueba, y entonces sabe que tú y yo trabajaremos para él.

—¿Sabes exactamente qué es lo que espera de nosotros?

—No. Pero lo sabremos pronto. Adolf Gormann debe haber desistido de enviar hacia Stuttgart los documentos que le llevó Rudolf Bentz, procedentes del Estado Mayor. Los ha estudiado, los ha guardado en una caja fuerte, y, si hay algo que modificar, esperará a entrevistarse con sus oficiales del Estado Mayor, o quizá se ponga en contacto con ellos, por teléfono. Entiendo que debía haberlos devuelto por medio de Bentz, después de estudiarlos, pero, muerto Bentz, Adolf ha sido lo bastante prudente para no sacarlos de la quinta.

—Entonces, no entiendo por qué estamos aquí. Los documentos están allí, él está allí…

—Pero el Estado Mayor está aquí —sonrió Erika.

—Puedo garantizarte que si ese chiflado cae en mis manos, me dirá todos los nombres de esos «oficiales» del Estado Mayor.

—No dudo que te diría los nombres de *todos los que él conociese*. La pregunta es: ¿llegaríamos a encontrarlos vivos?

Número Uno hizo un gesto de disgusto contra sí mismo.

—Sólo digo tonterías de este calibre, cuando temo por ti —gruñó de nuevo—. ¡Claro que deben estar vigilando a Gormann!

—Ahora eres realmente tú —asintió Erika—. En efecto, el pobre Adolf no es más que un muñeco de paja, en manos de personas mucho más importantes que él; y mucho más importantes que el Estado Mayor. Gormann conoce a los miembros del Estado Mayor, pero tanto éstos como Gormann están vigilados por personal de… seguridad de los verdaderos dirigentes de todo esto. Si nada les ocurre a los miembros del Estado Mayor ni a Gormann, toda va bien. Si algo les ocurre a unos o a otros, o a las dos partes, tanto Gormann como los del Estado Mayor serían eliminados por personal de seguridad…, y ahí terminaría nuestra pista. Por eso, no conviene de ninguna manera que haya dificultades en la quinta de Cannes, para que quienes vigilan a Gormann consideren que todo va bien, y, por tanto, todo el mundo esté tranquilo y se sienta seguro. Así que vamos a dejar la quinta de Cannes, y pensemos en la gente de Stuttgart. ¿Qué sugieres?

—Bien… Indudablemente, estos dos hombres, como Bentz, estaban al servicio auténtico del Estado Mayor y de Gormann, no de los personajes invisibles. Y puesto que quienes interesan son esos

personajes invisibles, y a estos personajes sólo los conocen los del Estado Mayor…, tenemos que sostener una… entrevista con los del Estado Mayor, que son los intermediarios entre Gormann y los invisibles.

—Los que dan la cara, igual que Gormann, el cual sólo los conoce a ellos. Así que, aunque nos dijese sus nombres, si realmente los del Estado Mayor están vigilados, igual que Gormann, serían eliminados rápidamente.

—Lo que significa que debemos acercarnos a los del Estado Mayor muy discretamente. Pero me pregunto cómo piensas convencerlos «discretamente» para que te digan quiénes son los invisibles, los verdaderos promotores de esta descabellada idea que Gormann exhibe como suya: un mundo llamado Alemania.

—El comandante Marxel dijo algo de… sueños dorados… Pero yo los veo rojos. Si todo eso se pusiera en marcha, sea como sea que lo hayan planeado, todo estaría rojo de sangre… como las veces anteriores.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Y si estamos pasándonos de listos, y resulta que el verdadero promotor de todo es realmente Adolf Gormann, el jefe de todo, el que lo dirige todo?

—También he pensado en eso —admitió Erika—. Pero sea una cosa u otra, me parece más prudente atacar por el flanco más débil… y al mismo tiempo, al menos teóricamente, el que está mejor informado: el Estado Mayor. Y la única pista que tenemos en Stuttgart para llegar hasta alguien del Estado Mayor es este hombre que tace a nuestros pies. Así que vamos a llevarlo adonde mis Simones le convenzan de que debe decirnos todo lo que sabe. Les debo esa satisfacción, se la prometí.

—¿Y a mí no me debes nada?

Erika Schenk sonrió dulcemente, y besó en los labios a Número Uno. Luego movió la cabeza con gesto negativo.

—No —dijo—. A ti no te debo nada, porque no me das nada que yo no estuviese dispuesta a darte a ti…, empezando por la vida.

—Prefiero tus besos —susurró Angelo Tomasini.

Capítulo VII

El lugar que Simón Stuttgart facilitó para la «conversación» entre los dos agentes de la CIA que habían visto morir a un compañero, y el hombre que había quedado vivo en el garaje, fue una casita preciosa, rodeada de jardín, hacia el norte de Stuttgart, en Feuerbach.

Cuando Erika y Angelo llegaron allí, el personal de la CIA les estaba esperando, verdaderamente impacientes los dos Simones encargados de la «conversación» con Wolfang Ulch, que así se llamaba el hombre que llevaban vivo. El hombre, que finalmente habían decidido llevarse también, se había llamado Gunther Kuntz, y quedó a la disposición final de la CIA, que buscaría el modo de esfumar su cadáver del modo conveniente, así como de tomar decisiones sobre lo que quedase de Ulch.

Éste, que llegó ya recuperado a la casita, pareció no tomarse muy en serio el entusiasmo de los dos Simones por hacer algo que les quitase el amargo sabor de boca que les había dejado la muerte de Nicholas Ellison, por lo que los dos agentes de la CIA se encerraron con él en una habitación, mientras, en el saloncito, Erika Schenk conversaba con Simón-Stuttgart, ante la presencia de otros dos agentes de la CIA y de Número Uno, que fumaba, impasible, sentado en uno de los sillones.

Simón-Stuttgart asentía a las últimas disposiciones de la agente Baby.

—Sí, sí, todo entendido… Debemos llamar a Niza, para que uno de los nuestros de allá se ponga en contacto con los que están vigilando la quinta de Cannes, y les indique que deben extremar las precauciones para no ser detectados por ese personal de seguridad que usted dice puede estar cerca de Gormann, vigilándolo sin que él lo sepa.

—Y si sucede el más pequeño incidente, que se vayan —insistió

Erika.

—De acuerdo. Si le parece bien, puedo llamar a nuestro centro de comunicaciones de Stuttgart, ahora mismo, para dar esas instrucciones.

—Ya debería estar haciéndolo —sonrió Erika.

Simón-Stuttgart recurrió a su radio de bolsillo para comunicarse con el compañero encargado de las comunicaciones con otras ciudades europeas… Cuando terminó de darle instrucciones, todos sabían que esas instrucciones llegarían a los hombres que vigilaban la villa de Cannes, en menos de una hora. Todo un complejo mecanismo, que costaba a la CIA americana millones y millones de dólares anualmente, iba a dar sus frutos, una vez más.

En la casita había *whisky*, y Número Uno aceptó, con un gruñido, el vaso que le sirvió Simón-Stuttgart, el cual miró a Erika, como preocupado, pero la divina espía le sonrió, y eso fue todo. Cada cual es como es, y, sabiendo esto, o se le acepta o se le rechaza. Como compensación, ella sonrió cariñosamente cuando el espía le ofreció un corto trago a ella.

Los dos Simones tardaron menos de veinte minutos en llegar a un «acuerdo» con Wolfang Ulch. Salieron los dos del cuarto, uno de ellos frotándose la dolorida mano derecha. El otro dijo:

—Le hemos sacado, incluso, que Herman Stolz formaba parte del grupo de cuatro hombres destinado al servicio especial del Estado Mayor.

—Eso ya lo suponíamos —murmuró Erika—. ¿Qué más ha dicho?

—Del Estado Mayor conoce solamente al que siempre les daba las instrucciones: el «comandante» Kleinbardt… Christian Kleinbardt.

Christian Kleinbardt acarició, una vez más, los erguidos y blanquísimos senos de la hermosa muchacha, y luego se inclinó a besarlos.

—Se nos va a hacer tarde, Chris —sonrió dulcemente ella.

Los labios de él se deslizaron por el pecho, la garganta, y llegaron a la boca, que se le ofreció abierta, generosa. Una vez más, Christian Kleinbardt, se hundió en aquel pozo de placer que le proporcionaba siempre Marlene, tan sólo con un simple beso.

Mientras la besaba, tendidos en la cama uno junto a otro, Kleinbardt olvidaba absolutamente todo. ¡Marlene era tan dulce, tan tierna…! Notaba su boca siempre fresca, y, en la nuca, sus delicadas manos, acariciándole… Y en sus manos, la tibieza sedosa del esbelto cuerpo de la muchacha.

Ella separó por fin su boca, e insistió:

—Llegaremos tarde, Chris.

—No importa —jadeó él.

—Oh, sí que importa… ¡Me prometiste llevarme a esa fiesta! ¡Y yo tengo deseos de ir, de conocer a personas importantes, de estrenar el vestido de noche…! ¡Sí que importa!

—Sólo una vez más —suplicó él—. ¡Sólo una vez más, y saldremos para allí, Marlene!

—Llevamos toda la tarde aquí, en tu apartamento…

—¿Acaso no te gusta?

—Oh, sí que me gusta, Chris… ¡Me gusta mucho! Pero te comportas como… como si no quisieras que me vieran contigo. Ya sé que sólo soy tu amante, pero no por eso tenemos que ocultamos tanto, ya que, a fin de cuentas, eres soltero… ¿Acaso te avergüenza que te vean conmigo?

—Marlene, no digas tonterías —refunfuñó él—. Soy un hombre rico y poderoso, puedo hacer lo que me dé la gana…, y no estoy acostumbrado a avergonzarme de nada. En cambio, sí estoy acostumbrado a ti, desde hace semanas… ¡Las semanas más felices de mi vida!

—Está bien —suspiró ella—. Pero después de esta vez, nos duchamos y nos vamos…

Marlene no pudo decir más, porque de nuevo Christian Kleinbardt la estaba besando en la boca. Luego, cuando su boca quedó libre, Marlene suspiró, y se quedó mirando el techo, como aburrida, pero sin que sus deditos dejasen de acariciar la nuca de Kleinbardt. ¡Lo que tenía que soportar…! Pero, realmente, Christian era muy rico, y podía proporcionarle toda la gama de caprichos y la vida confortable que ella siempre había soñado.

Tenía un apartamento magnífico en el centro de Stuttgart, dos coches, dinero, le hacía regalos magníficos… Así es la vida.

Mientras Christian la amaba, Marlene le acariciaba y simulaba corresponder, pero su mirada vagaba por el lujoso dormitorio,

mucho más satisfactorio que aquello que estaba recibiendo: lujosa lámpara, elegantes muebles, suntuosas cortinas… Una rubia en la puerta del dormitorio…

Marlene lanzó un alarido, al mismo tiempo que daba tal salto que Christian Kleinbardt salía disparado y caía a un lado de la cama. En un instante, ambos se encontraron sentados, ella en la cama, él en el suelo, farfullando obscenidades entre jadeos… Y entonces, también Kleinbardt vio a la muchacha rubia en el umbral del dormitorio, pistola en mano y mirándole, sonriente.

Fue como recibir una ducha de agua helada.

—¿Quién es usted? —gritó Kleinbardt—. ¿Cómo ha entrado en mi casa?

—Buenas noches, señor Kleinbardt. ¿Sabe usted?: siempre me han gustado los hombres apasionados. Las personas desapasionadas no me inspiran confianza, porque considero que el ser humano está… básicamente hecho de pasiones. Su propia vida es ya una pasión, si partimos del momento en que es engendrado. Claro que… hay pasiones buenas y pasiones malas. ¿No está de acuerdo?

—Por todos los demonios —jadeó Kleinbardt, tras su estupefacción, poniéndose en pie—. ¿Qué significa esto?

—Es una visita de buena voluntad, comandante Kleinbardt.

Christian Kleinbardt palideció. En la cama, intentando cubrirse con las ropas de ésta, Marlene lanzó una exclamación, y miró a su amante.

—¿Comandante? —balbuceó—. Comandante, ¿de qué?

Erika Schenk apuntó un instante con la pistola a Marlene, que se encogió, dando un gritito.

—Usted tenga la boquita cerrada y el cuerpo quieto, jovencita. Ahí está bien —sonrió secamente—: indudablemente, ése es su sitio, su ambiente.

—¿Quién es usted? —murmuró Kleinbardt de nuevo.

—Me llamo Erika Schenk y estoy aquí para salvar su vida, señor Kleinbardt. Porque vamos a dejar el juego de los grados militares, ¿verdad? Por favor, póngase algo encima: me está usted abochornando con su desnudo. Y no por un absurdo pudor, claro está, sino porque me desagradan los hombres tan lampiños y blancos como usted. ¿No le gusta el sol?

Kleinbardt soltó un refunfuño, agarró una bata y se la puso,

mientras miraba de reojo a Erika.

—Yo… yo quiero marcharme —tartamudeó Marlene—. ¡Quiero marcharme ahora mismo!

—Ya hablaremos luego de eso, querida —la miró con fría amabilidad la rubia.

—¡Déjeme vestirme, al menos!

—Está bien, vístase. Y no moleste más. ¿Cuál es su nombre? Me pareció oír el de Marlene, pero no estoy segura.

—Sí… Sí, Marlene.

—Muy bien, Marlene, vístase y sea buena chica luego, sentándose en un silloncito y permaneciendo callada. En cuanto a usted, Kleinbardt, quizá sería mejor que también se vistiese y viniera conmigo, ya que dudo mucho que le convenga que Marlene escuche nuestra conversación.

—¿Qué conversación?

—Insisto en que es mejor que nos marchemos.

—¡No tengo que ir a ningún sitio con usted!

—¿Ni aunque le diga que es una orden del *Führer*? Kleinbardt palideció de nuevo. Marlene miraba de uno a otro, boquiabierta.

—¿El *Führer*? —exclamó—. ¿Qué *Führer*?

Erika Schenk le dirigió una torva mirada, pero no le hizo demasiado caso. Su atención estaba fija en Kleinbardt.

—Mire, Kleinbardt, como usted sabe, hace días ordenó la muerte de Herman Stolz, que pertenecía a su grupo de emergencias en Stuttgart. El trabajo lo hicieron Rudolf Bentz, que usó el arma, y Gunther Kuntz, que ahora está muerto. También Bentz ha muerto, en Cannes. Queda vivo solamente Wolfang Ulch, de los cuatro asesinos contratados por el Estado Mayor, del cual es usted la cabeza visible, el que hace los contactos y da las órdenes. ¿Es suficiente esto para que usted comprenda hasta dónde estoy enterada de todo el asunto? ¿O debo decirle que, además, conozco a Adolf Gormann, que he estado con él en Cannes, y que el juego está a punto de terminar? ¡Pero, hombre, si usted tiene que haberlo comprendido todo nada más verme!

—No —murmuró Kleinbardt—. No he comprendido nada…

—¡Vamos, vamos…! Mire, sé que Bentz tenía que traerle un portafolios con unos documentos que imagino de índole bélica, o algo parecido, una vez aprobados por Gormann. O simplemente

estudiados y comprendidos por él. Pero usted supo esta mañana que Bentz no podría venir, porque murió anoche. Gormann le ha llamado, se lo ha dicho, le ha dicho que está de acuerdo con los documentos y que enviase a dos hombres al garaje del 48 de la Landhausstrasse para que comprobasen la fidelidad de una tal Erika Schenk… ¡Deje ya de hacerse el tonto!

—De acuerdo —sonrió Kleinbardt, de pronto—. ¿De modo que usted es la extraña Erika Schenk?

—¿Extraña? —alzó las cejas Erika—. ¿En qué soy extraña?

—Bueno, todo eso de su violación, su…

—¡Oh, todo eso! Es mentira, claro. También es mentira que me llamo Erika Schenk, que sea alemana y que trabaje para un hombre llamado Angelo. La verdad es que soy agente de la CIA.

—Me lo temía —mascculló Kleinbardt.

—Lo siento por usted. ¿Le parece que llegaremos a un acuerdo, Kleinbardt?

—Quizá.

—Será mejor que lo piense bien mientras se viste y llegamos al lugar donde conversaremos. Y piense también en que lo que más le conviene es llegar a ese acuerdo. Sabemos ya que usted y otros hombres como usted de relativa importancia, dependen de otras personas mucho más importantes. En realidad, casi sabernos más que usted. Por ejemplo: ¿sabe usted que debe tener cerca una guardia de seguridad para eliminarlo en el momento en que usted estuviese en una situación comprometida? Comprometida para sus grandes jefes, se entiende.

—Mentira —musitó Kleinbardt.

—Según parece, es usted un ingenuo… hasta cierto punto. Le aseguro que eso es verdad. Pero no tema, le llevaremos sano y salvo a un lugar seguro.

—Dice eso para que colabore con ustedes, para que les informe…

—Usted nos dirá, de todos modos, todo lo que queramos saber, y debe comprender eso. Nuestros métodos, cuando es necesario, no difieren mucho de los de la famosa Gestapo, así que tenga la seguridad de que nos lo dirá todo. Y por lo tanto, ¿por qué tendría yo que molestarme en mentirle? Usted, ahora, tiene dos posibilidades. Una, colaborar con la CIA y ponerse a salvo. Dos,

hacer alguna tontería que le pondría en manos de sus guardias de seguridad, por eliminación. La elección no es difícil, ¿verdad?

Christian Kleinbardt se pasó la lengua por los labios y asintió con un gesto. Miró de reojo a Marlene, que estaba terminando de vestirse y que, a juzgar por su expresión, no entendía nada de nada.

—¿Qué harán con ella? —musitó.

—La retendremos sólo el tiempo justo. Además, no creo que haya entendido nada de nada, realmente, por lo que su supervivencia está garantizada. A menos que sus guardias de seguridad decidan eliminarla también, ya que forma parte de la vida de usted.

—Pero ustedes… tienen que protegerla…

—Haremos todo lo posible. Pero no podremos hacer mucho si usted no nos dice algunos nombres de las personas importantes que estamos buscando, señor Kleinbardt.

—Entiendo. Sí, está bien, iré con ustedes y… hablaremos. Espero que nos entenderemos, señorita Schenk. Por mi parte…

—¡Por tu parte, te vas al infierno, perro! —gritó Marlene.

Había terminado de vestirse y había recogido su bolso. De él, había sacado una pequeña pistola, con la que apuntó rápidamente a Kleinbardt, y mientras le llamaba perro, disparó. El disparo sonó como un leve chasquido, pese a no verse silenciador en el arma. Y la bala dio en el centro del pecho de Christian Kleinbardt, que saltó hacia atrás gritando, manoteando, para caer de espaldas.

Marlene todavía tenía vibrando en sus bonitos labios la palabra perro, cuando desviaba el arma hacia Erika Schenk, cuyo sobresalto no podía ser más auténtico que su súbita palidez. Pese a esto, Erika Schenk llevaba demasiados años jugándose la vida para que la sorpresa resultase suficiente en cuanto a impedir su velocísima reacción, un simple reflejo defensivo, en realidad.

Su disparo, también silencioso, efectuado con la pistola de Wolfang Ulch, fue lamentablemente certero. Lamentablemente, y así lo comprendió una fracción de segundo demasiado tarde Erika, porque una persona muerta no puede decir nada. Pero ya la bala había golpeado con blando sonido sobre el seno izquierdo de Marlene, que se aplastó un instante, casi simultáneamente con el giro de la muchacha, que gimió, dio la vuelta, cayó de bruces sobre la butaquita donde habían estado sus ropas, rebotó y cayó rodando

al suelo, quedando boca arriba, con los ojos abiertos, ya muerta.

Todavía en el umbral del dormitorio, Erika Schenk, pálida, la contempló un instante, arrepentida de su disparo y casi lamentando su mortal puntería, que, en definitiva, como tantas otras veces, le había salvado la vida.

Reaccionando, corrió a arrodillarse junto a Kleinbardt, que gemía ahogadamente, con las manos sobre la herida. Sus ojos, muy abiertos, giraron hasta localizar a Erika, inclinada sobre él.

—Kleinbardt, no se mueva —dijo ella—. No haga nada. En unos minutos tendremos aquí personal adecuado para trasladarlo a donde podrán curarle. No se mueva.

—No… lo entiendo… No… lo… entiendo…

—Pues es muy sencillo: ella, Marlene, era su guardia de seguridad. ¿Hace mucho que la conocía?

—Sólo unas… semanas… Las semanas más… más felices… de… de mi vida…

—La colocaron junto a usted, supongo que lo entiende ahora. Sus compañeros del llamado Estado Mayor están en las mismas condiciones: pueden ser asesinados de un momento a otro. Y ello, sólo para proteger a los verdaderos promotores de esa absurda idea de la Alemania mundial. ¿No comprende que los proyectos de esa gente son otros? No son proyectos racistas, ni patrióticos, ni sociales. Sólo pueden ser proyectos económicos, como siempre. Simple ambición, Kleinbardt. ¿Lo entiende?

—Creo… que ahora sí…

—Escuche, está muy mal. Le aseguro que voy a hacer lo posible por conservar su vida, pero no quiero engañarlo. Está muy mal, sus posibilidades son mínimas… Kleinbardt, quiero que lo entienda bien: si usted no me dice aunque sólo sea un nombre de esos personajes importantes, es posible que todo siga adelante y que Alemania, lo que queda de su soñada Alemania, sea convertida en cenizas para siempre. ¿Lo entiende?

—Pfalzer… Einrich Pfalzer… Ese es… es el nombre de una de las personas que… que le interesan… No conozco a más, pero con él tendrá… tendrá… suficiente. Avise… a mis compañeros del Estado… Mayor… Mi libreta, la libreta…, caja…, avise…

El cuello de Kleinbardt, terriblemente tenso en los últimos segundos, se relajó bruscamente y Ja cabeza cayó hacia a un lado,

con suave vaivén breve, para quedar inmóvil. Erika hizo un gesto de pesar, pero realmente nada podía haberse hecho por Christian Kleinbardt por rápida que hubiese llegado la ayuda médica. Y al menos tenía un nombre. El punto de partida hacia la meta final.

Abandonó el dormitorio; en el recibidor del apartamento al que había entrado utilizando una de sus ganzúas, estaba el maletín rojo con florecillas azules, sobre una banqueta. Sacó la radio.

—¿Uno?

—Sí.

—Sube, por favor.

Número Uno entraba en el apartamento segundos más tarde. Y sólo tres minutos después, utilizando las llaves de Kleinbardt, había abierto la caja fuerte del despacho del fallecido «comandante», mientras Erika Schenk hacía una llamada telefónica.

—Aquí está la libreta, con nombres de muchas personas —la mostró Número Uno—. Pero sólo unas pocas de ellas, y todas hombres, tienen esta señal en forma de estrella.

—Esos son los del Estado Mayor.

—¿Qué piensas que debemos hacer?

—No lo sé bien —murmuró Erika—. Pero he llamado por teléfono, a su retiro, a la persona que resolverá todas estas cuestiones que, a fin de cuentas, se han suscitado en Alemania. Llegará antes de una hora a la casita de Feuerbach.

Las aspas del helicóptero dejaron de girar y en seguida un hombre saltó del aparato al pequeño jardín de la casita de la CIA en Feuerbach. Un hombre alto, macizo, de anchos hombros, cabeza de forma aquilina… Las luces de la casa se reflejaron como sobre plata en sus sienes. Desde la puerta de la casa, Erika Schenk y Número Uno acudieron a recibir al impresionante personaje. Erika lo recibió con un breve y cariñoso beso en los labios, susurrando luego:

—¿Cómo estás, Wilhem?

Wilhem von Steinheil, alias «Alexandria», el mejor espía alemán en África durante la Segunda Guerra Mundial y viejo amigo de la agente Baby uno de los eternos enamorados de Brigitte Montfort, sonrió tenuemente mientras asentía con la cabeza.

—Muy bien, señorita… señorita…

—Schenk —rió Erika—. En esta ocasión, soy Erika Schenk. ¡Oh, Wilhem, cuánto me alegro de verte!

—Y yo también de verte a ti —la negra mirada del veterano espía se desplazó hacia el silencioso acompañante de Erika Schenk—. ¿Qué tal, Número Uno?

Éste tendió la diestra, casi sonriendo. Para él, cualquier persona que amase a Brigitte ya no necesitaba tener ningún otro mérito. No dijo nada, pero tampoco era necesario, y «Alexandria» lo comprendió perfectamente. A su vez Número Uno comprendió que Erika se tomase de un brazo de «Alexandria» para entrar en la casa. El espía alemán miraba, sin ocultar su interés, al americano que años atrás había abandonado la CIA desengañado y amargado. Por supuesto, ambos se conocían, pero los contactos habían sido, las más de las veces, sólo visuales y, en un par de ocasiones, unas breves palabras estrictamente profesionales. Ahora, mientras Número Uno seguía en activo por su propia cuenta, Wilhem von Steinheil, el fabuloso «Alexandria», vivía retirado, aceptando sólo de cuando en cuando y únicamente como consejero en cuestiones de espionaje, conceder pequeñas colaboraciones al servicio secreto de Alemania Federal. E incluso a la Alemania del Este, si era de justicia, pues para Wilhem von Steinheil todos los alemanes, todas las Alemanias, merecían el mismo afecto.

—Creo que podemos ofrecerle *whisky* —dijo Número Uno.

Incluso Erika Schenk quedó pasmada, por un instante, ante la actitud del antipático y huraño espía; pero en seguida fue la primera en comprender: Número Uno aceptaba completamente a «Alexandria» por dos motivos, uno de los cuales era que «Alexandria» la amaba a ella, y el otro, que el joven espía demostraba su respeto al viejo espía… El león joven demostraba así su nobleza, eso era todo.

—Gracias —aceptó con naturalidad Von Steinheil, como si no hubiese reparado en la sorpresa que la invitación de Uno había causado en Erika y los agentes de la CIA presentes.

Segundos después, Angelo Tomasini ponía el vaso con *whisky* en la mano de Wilhem von Steinheil, que lo agradeció con un gesto, bebió un sorbo y miró sonriente a Erika Schenk.

—Lo bueno de las personas con auténtica clase —dijo— es que siempre saben cómo comportarse. Y eso es lo que diferencia a unas personas de otras. Bien… ¿qué puedo hacer por ti, Erika?

—¿Te suena el nombre de Adolf Gormann?

El vaso casi escapó de la mano de «Alexandria», y su gesto de sobresalto fue, en verdad, casi espectacular.

—¿Sabes dónde está? —exclamó.

—Sí.

—¡Por todos los malditos camellos que monté en mi vida! ¿Dónde?

—En una villa, en Cannes. ¿Qué sabes de él?

—¿De Gorman? ¡Es un genio militar!

—¿Un qué? —palideció Erika.

—Un genio militar… Bueno, comprendo que la CIA no haya oído hablar jamás de él, porque su nombre y talento ha quedado sumido en el más gran secreto. Adolf Gormann inició su carrera militar en cuanto tuvo edad para ser admitido en una academia; y en cuanto puso los pies en ella, la alarma cundió en los círculos militares alemanes. Hasta tal punto, que al poco tiempo Gormann fue dado de baja en esa academia, mientras que todas las demás recibían la orden gubernamental de no admitir jamás a semejante alumno. Sin embargo, sabemos que Adolf Gormann ha dedicado toda su joven vida al estudio de la guerra. Es un autodidacta… capacitado para dar clases de estrategia o de cualquier actividad castrense a los mejores generales de todo el mundo. Los servicios secretos alemanes llevan buscándolo mucho tiempo, pero jamás han podido encontrarlo. Las últimas noticias que se tienen de él, precisamente, fue que estuvo en Stuttgart utilizando el nombre de Arnold Zimmerman, con el cual se cree que estuvo en relaciones con algunos militares de alta graduación. ¿Quieres la historia completa?

—No… No es necesario. ¡Santo cielo, y yo le he estado considerando un infeliz! Luego me hablarás más extensamente de él. Por el momento, quiero que sepas lo que está ocurriendo.

Con su precisión habitual, Baby procedió a explicar a Wilhem von Steinheil todo el asunto. Cuando terminó, el espía alemán había terminado su *whisky* y estaba fumando un cigarrillo, perdida la mirada, como ausente, como si ni siquiera estuviese escuchando…, lo cual estaba bien lejos de la realidad, obviamente.

Cuando terminó su relato, Erika tendió la libreta a «Alexandria», que la hojeó rápidamente, interesándose, de modo especial, por los nombres señalados con una estrella.

—Tres de estos hombres son militares —murmuró—. Evidentemente, están colaborando con Gormann, supongo que facilitándole información sobre los efectivos militares, no sólo de Alemania, sino del resto de los países europeos y naturalmente de Estados Unidos. Información que, claro está, pueden conseguir sin excesiva dificultad dada su condición y altos grados. No te quepa la menor duda de que si hay en marcha algunos planes bélicos, esos planes han salido de la cabeza de Adolf Gormann y que los demás son simples auxiliares. Ahora bien, no es suficiente la información militar para poner en marcha esos planes: hace falta dinero, mucho dinero… ¿Sabes quién es ese Einrich Pfalzer?

—No. Sé que es uno de los importantes, porque Kleinbardt me lo dijo, pero no sé más.

—Es uno de los industriales más poderosos de Alemania Federal… con unos recursos ilimitados, en lo que se refiere al control de fabricación de armas. Tiene varios contratos con el gobierno.

—Dios mío…

—Te diré lo que pienso…, y no creo equivocarme: Einrich Pfalzer, y otros grandes industriales, han estado ocultando a Gormann durante todo este tiempo, y ahora, llegado el momento, están dispuestos a financiar sus planes, que provocarían una Gran Guerra… No te quepa la menor duda de que, si Gormann se lo propone, puede conseguirlo. Dispondría de dinero en abundancia, personal adecuado, armas…, y con gente como la que él supone que es Angelo, y otros que deben estar esperando el momento, iniciaría una serie de acciones que, en principio, parecerían no bélicas, pero que, muy pronto, darían lugar a fricciones internacionales de alto nivel. No me preguntes cómo lo haría, yo sólo soy… mejor dicho, fui, un simple espía, pero te aseguro que Gormann puede conseguirlo. Su cabeza es una auténtica computadora para asuntos militares. ¿Dices que esta vez Estados Unidos apoyaría a Alemania? ¡Pues no te quepa la menor duda de que lo conseguiría! Si le prepara la Gran Guerra, esa Gran Guerra estallará. Luego, todo el mundo… que quedase vivo se preguntaría cómo había sido posible, qué habría ocurrido, por qué todo aquello… Pero Gormann ya habría cumplido sus proyectos.

—Querrás decir, los de esos industriales alemanes —dijo

fríamente Erika.

—Sí, claro… Sí, indudablemente, eso forma parte de un vasto y bien elaborado plan, cuya finalidad no parece ofrecer muchas dudas: los industriales que estén apoyando al poderoso Einrich Pfalzer no han vacilado en aceptar una Gran Guerra, de la cual esperan unos beneficiosos resultados para ellos y, posiblemente, ¿por qué no pensarlo así?, para Alemania. Una Alemania nueva y mundial, dueña del mundo…, que sería de ellos, claro está. Con una oferta así, un hombre como Adolf Gormann es capaz de facilitarles los planes más completos y eficaces que puedas imaginar. En un hombre así, la idea de ser el *Führer* de Alemania mundial, apoyado por los hombres económicamente más poderosos del mundo, tiene que ser una luminosa obsesión… En resumen: tiene que estar loco. Ese hombre ha enloquecido, Erika.

—Pero no Einrich Pfalzer, ni sus colaboradores, ni los que, como Christian Kleinbardt, forman el Estado Mayor.

—No. Ésos no están locos, desde luego, Simplemente, su ambición desmedida les está impulsando a provocar la Gran Guerra y hacerse con todo el poder económico del mundo…, de lo que quedase del mundo.

—Está bien. ¿Tienes algo que sugerirnos?

—Tal como ya debes haber pensado —«Alexandria» alzó la libreta de Kleinbardt—, yo puedo encargarme de todo esto. Antes del amanecer, los hombres del Estado Mayor, Einrich Pfalzer y sus colaboradores, pueden estar detenidos.

—De acuerdo. Queda bien claro que esta parte del asunto queda en tus manos.

—Sí. Puedo estar en Bonn dentro de un par de horas, y, como te digo, antes del amanecer, toda esa parte estará solucionada. Respecto a Adolf Gormann…

—¿Me dejas que yo solucione esa parte?

«Alexandria» quedó pensativo unos segundos, y acabó por asentir con un gesto.

—De acuerdo… —murmuró—. Sé que encontrarás la mejor solución a esa parte.

—Así lo espero.

Tan sólo cinco o seis minutos más tarde, Wilhem von Steinheil, con la libreta de Kleinbardt en un bolsillo, partía hacia Bonn. En sus

labios sentía todavía el calor de la despedida de Brigitte Montfort, alias Baby, la única mujer que, realmente, había conseguido penetrar en su duro corazón de espía…, y que se había instalado allí para el resto de la vida de «Alexandria».

Capítulo VIII

El taxi se detuvo delante de las verjas, Erika Schenk se apeó, esperó a que el coche se alejase, y se acercó entonces… Un hombre estaba va abriéndolas, mirándola, sonriente.

—¿Quién es usted? —preguntó Erika.

—Soy uno de los soldados de la guardia, señorita Schenk. Sólo que aquí donde pueden vernos, vestimos de paisano.

—Ah… ¿Se ha levantado ya el *Führer*?

—Naturalmente. Está trabajando en su despacho, supongo… Siempre se levanta muy temprano, y se encierra allí. Por favor, vaya hacia la casa: el comandante Marxel la recibirá a usted en la puerta.

—Gracias.

Eran poco más de las nueve de la mañana. El cielo estaba azul, ya refulgiendo al sol de aquel nuevo día que prometía ser magnífico. Mientras caminaba hacia la casa, por la pista. Erika oía el canto de algunos pajarillos en los árboles… Una pareja de ellos, muy entusiasmados, se cantaban sus amores en una rama florida de un arbusto…

El comandante Marxel, en efecto, estaba en la puerta de la casa, con lo que resultaba evidente que el soldado le había advertido, por medio de una radio de bolsillo… Delante de la casa, en la zona que no podía ser vista desde las verjas, los hermosos muchachos rubios evolucionaban marcialmente, impecables, al mando del capitán Ketting, cuya rítmica voz de mando era perfecta, impecable. Cada paso del pelotón de muchachos parecía ser dado por un solo hombre, tal era su perfección marcial. Con el sol llegando a su rostro casi horizontalmente, Erika Schenk estuvo mirándolos unos segundos, bajo la amable espera del comandante Marxel.

¡Eran tan hermosos…! Sus rostros infantiles, pero dotados de aquel gesto serio, grave incluso, relucían al sol, tersos, finos. Los cabellos parecían de oro… Hilos de oro asomando de las gorras

militares. Sus claros ojos, llenos de luz, miraban al frente con seriedad y gallardía…

Erika se volvió por fin hacia Marxel, que amplió su sonrisa.

—No sabíamos que iba a venir hoy… —dijo Marxel—. ¿Ha ocurrido algo en Stuttgart?

—Que yo sepa, no —se sorprendió Erika—. ¿Por qué?

—El *Führer* está muy preocupado. Mucho, francamente. Hasta el punto de que me ha ordenado que, salvo contraorden, a las diez nos preparemos para abandonar la Cancillería.

—¿La…? Oh, se refiere a la casa, supongo.

—Naturalmente —masculló Marxel.

—Sí, naturalmente… Me gustaría ver a Adolf. Quizá yo pueda tranquilizarle.

—Le informaré de su llegada.

Marxel entró en el salón-despacho, y salió inmediatamente, haciendo señas a Erika, que entró y miró hacia la mesa. Tras ella, muy serio, estaba Adolf Gormann, mirándola fijamente. Tendido junto a su amor, el enorme pastor alemán, «Objektiv», que se puso en pie inmediatamente, y se acercó a Erika, moviendo alegremente el peludo rabo…

—Buenos días, Adolf… —saludó alegremente Erika—. ¡Hola, amigo «Objektiv»! ¿Qué tal?

—Señorita Schenk —dijo secamente el *Führer*—, tenga la bondad de acercarse… No se retire, comandante.

Erika miró a Marxel, que se quedó en marcialísima postura ante la puerta, y sonrió. «Objektiv» la sorprendió alzándose sobre las patas traseras y poniendo las delanteras en su pecho, de modo que los fieros ojos del perro quedaron a la altura o poco menos de los de Erika; ojos afectuosos, alegres.

—No seas bruto, «Objektiv» —reprendió cariñosamente Erika—. ¡Casi me derribas con tus patazas!

—¡Guau! —ladró, felicísimo, el perrazo.

—No me gusta repetir mis órdenes, señorita Schenk.

La bellísima rubia miró a Gormann, sonrió y se acercó. El *Führer* permaneció sentado, hosco el semblante. Ni siquiera le ofreció sentarse, así que Erika permaneció en pie, siempre festejada por el pastor alemán…

—¿Estás enfadado conmigo, Adolf? —preguntó melosamente.

—Está usted hablando con el *Führer* —la miró, colérico, Adolf Gormann…—. ¡Tenga cuidado con su modo de hacerlo!

—Sí, mi *Führer*. ¿Se encuentra bien, mi *Führer*?

—¡Me encuentro perfectamente! Pero muy descontento con su actuación, señorita Schenk… ¿Por qué no regresó anoche?

—Oh… Bueno, estaba un poco cansada… Me pareció que no era malo quedarme a dormir en un hotel. ¿Tiene eso importancia?

—¿Entregó el portafolios?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no tengo noticias al respecto?

—No comprendo, mi *Führer*.

—¡Dos hombres debían recoger el portafolios, pasar el informe a un tercero, y éste avisarme de que lo había recibido! Y no he sido avisado.

—Pues no sé qué decir… Yo entregué el portafolios. Quizás olvidaron informárselo, mi *Führer*.

—¡No diga tonterías! Eso es completamente imposible. Pero es que, además, yo he estado llamando anoche, y esta mañana desde muy temprano, a la persona que debía recibirlo, y su teléfono no contesta. ¡Algo ha ocurrido en Stuttgart! Sí… Tiene que haber ocurrido algo… ¡Y ojalá sólo sea lo que me estoy temiendo!

—Le aseguro que no comprendo nada, mi *Führer*.

—¿Realmente no pasó nada cuando usted entregó el portafolios? ¿Ninguno de aquellos hombres lo tocó…, no pasó… NADA?

—Nada en absoluto, mi *Führer*. Si algo ocurrió, tuvo que ser cuando yo no me hallaba presente.

Adolf Gormann se pasó una mano por la frente, y su mirada se perdió en el vacío. Erika Schenk contuvo una sonrisa, porque sabía, con toda seguridad, lo que estaba pensando Gormann. Pensaba en algo con lo que ella había contado ya, y que la había hecho desistir de tomar otras medidas para impedir la fuga de Gormann. Fuga que, por otra parte, no habría conseguido, ya que la CIA, en todo momento al no haber problemas, había permanecido custodiando la quinta… Adolf Gormann estaba pensando que, por lo que fuese, quizás el portafolios había explotado cuando Ulch y Kuntz lo entregaron, finalmente, a Christian Kleinbardt. Una imprudencia, una explosión…, y nadie que contestase al teléfono. En aquellos momentos, Gormann se debatía en estas dudas, y en las de si debía

o no llamar a Einrich Pfalzer, en vista de que el enlace, Kleinbardt, no contestaba. O eso, o ser todavía más prudente, y, sin comprometer a Pfalzer, escapar de la quinta. Grandes dudas las de Adolf Gormann, desde luego.

Mientras él pensaba, Erika miró el gran retrato de Adolf Hitler, y una dura mueca apareció en su rostro. ¿Por qué vacilar más, por qué esperar más? Tenía ante ella a un hombre que, loco o no, podía desencadenar una guerra, que sería mucho peor que la Segunda Mundial…

—Está bien, Adolf, no te tortures más: en realidad, todo ha terminado.

—¿Qué? —alzó la cabeza el *Führer*.

—Solamente queda vivo Wolfang Ulch, Einrich Pfalzer y los demás industriales que te han estado financiando, ya han sido detenidos. En cuanto a Christian Kleinbardt, tu… jefe de Estado Mayor, está muerto: lo mató una bella muchacha llamada Marlene, que tus… financieros habían puesto junto a él, para un caso de emergencia.

—No… ¡No!

—Sí. En cuanto a ti, lo mejor que puedes hacer es venir conmigo, cuanto antes y discretamente: tengo la certeza de que también a ti te han puesto una guardia de seguridad, para eliminarte en caso de necesidad.

—¡Estás loca! —aulló Gormann, poniéndose en pie violentamente.

—Me parece que el único loco que hay aquí eres tú… —movió la cabeza Erika—. Aunque pienso que menos que esos miserables asesinos, que te han estado financiando durante estos últimos años. Adolf, ¿no lo comprendes? ¡Jamás será posible ya realizar tus sueños dorados! En realidad, nunca han sido posibles. Y ahora, la CIA, a la que pertenez… ¡No seas estúpido, nada vas a conseguir con…!

Sucedió todo tan rápido que, como pocas veces en su vida, Baby perdió por unos segundos el control de lo que sucedía. Quizá porque, al ver que Gormann sacaba de un bolsillo su pistolita de cachas de madreperla, y la apuntaba, se llevó una auténtica sorpresa y no poco susto…

Pero, en realidad, Gormann no la apuntaba a ella, sino al

«comandante» Marxel, que, de pie ante la puerta, había sacado su pistola y apuntaba hacia ellos, Es decir, hacia Adolf Gormann, fríamente, serenamente.

Mientras Brigitte se dejaba caer al suelo, interponiendo así la mesa entre Gorman y ella, y abría frenéticamente su maletín para sacar la pistola de Ulch, Gormann y Marxel dispararon a la vez, uno contra otro, el primero tras haber comprendido súbitamente la verdad de las palabras pronunciadas por Erika, al ver sacar la pistola a Marxel y apuntarle… Con seco silbido, las dos balas se cruzaron, una del nueve, la otra, diminuta, de calibre especial… La del nueve dio a Gormann en la cabeza, y lo tiró girando hacia atrás, derribando el sillón. La de la pistolita de Baby acertó a Marxel en el hombro derecho, moviéndolo apenas, pero arrancándole un grito de dolor; dolor suficiente para que la pistolita de cachas de madreperla cayera de su mano…, mientras «Objektiv» cargaba contra él, rugiendo, encendidos los ojos, convertido en una espantosa fiera.

El terror de Marxel fue tal, al verlo llegar, que volvió a gritar, y su reacción fue sin duda la más inteligente: abrió la puerta y salió, cerrando tras él, mientras el pastor alemán se estrellaba contra la madera, lanzando unos rugidos espeluznantes, y dando zarpazos.

Con la pistola ya en la mano, Erika Schenk, sentada en el suelo, oyó nítidamente, pese a los rugidos de «Objektiv», la voz del comandante Marxel.

—¡A mí, la guardia! ¡Cumplan todos las órdenes especiales, el *Führer* ha sido descubierto! ¡Que no salga nadie vivo de ese despacho! ¡Que vengan Ketting y sus soldados!

Erika Schenk se estremeció, al comprenderlo todo en un instante: todos los hombres que habían estado sirviendo a Adolf Gormann tenía la orden de matarlo, si llegaban a temer que alguien pudiese cazarlo vivo. Absolutamente todos, siguiendo consignas especiales que, seguramente, ni siquiera sabían de quién procedían, pero sí de que era quien les pagaba espléndidamente, formaban Ja guardia de seguridad, la… camada de asesinos. ¿Los jóvenes rubios también…?

Sacó rápidamente la radio de bolsillo del maletín.

—¡Uno!

—¡Sí! ¿Qué ocurre? —casi gritó también el sobresaltado Número Uno.

—¡Atacad, pronto! ¡Gormann y yo estamos acorralados en el despacho! ¡Todos quieren matarnos!

—¡No salgas de ahí! —gritó Número Uno—. ¡Resiste!

—¡Utilizad los gases, no matéis a esos muchachos, no los mat…!

Su voz quedó ahogada por la descarga cerrada… Todo el ventanal que comunicaba con el jardín saltó en miles de pedazos, y, por un instante, afuera, Erika Schenk vio a los hermosos muchachos, formados perfectamente, armas al hombro…

—¡Fuego! —oyó.

Una nueva andanada de balas entró en el salón-despacho, y «Objektiv», se había corrido hacia la salida al jardín, saltó en el aire, aullando lastimeramente, revuelto con cristales y astillas de madera y trozos de cortinas…

—¡Brigitte! ¡BRIGITTE…! —gritaba Uno, por la radio.

—¡Estoy bien! ¡Te espero!

Dejó la radio y el maletín, y se deslizó a gatas, velozmente, hacia detrás de la mesa…, en el momento en que sonaba otra descarga. Más cristales rotos, libros destrozados, cuadros saltando por el aire. ¿Era posible lo que estaba sucediendo? ¿Realmente alguien había contratado y adiestrado a unos cuantos muchachos, el mayor de dieciséis años, para… aquello? ¿Realmente alguien había sido capaz de convertir en asesinos a aquellos hermosos muchachos, muchos de los cuales ni siquiera se afeitaban? Pero… ¿por qué no? En Oriente Medio habían combatido las mujeres; en Asia, los niños… ¿Cuál sería el siguiente «invento» bélico? ¿Cuáles serían los nuevos recursos de quienes provocan las guerras para medrar económicamente, para conseguir más y más poder…, que, a fin de cuentas, sólo sirve para tener más de algo que ya les sobra…?

En el suelo, rodeado de cristales y astillas, «Objektiv» gemía más débilmente, convertido en un manchurrón de sangre. Pero Erika no podía dedicarle su atención, considerando que, ante ella, también herida, había una persona… ¿O estaba muerto?

Sonó todavía otra descarga, mientras Erika se daba cuenta de que Adolf Gormann no estaba muerto. La bala le había tocado en la sien derecha, abriendo un surco sangriento, pero nada más. El *Führer* yacía sin sentido, cara al techo, brazos y piernas abiertos, bajo el gran retrato de Adolf Hitler…

Afuera, se oyeron de pronto unos pequeños estampidos, y, al

mirar vivamente hacia allí por un lado de la mesa, Erika vio las pequeñas y densas nubes de humo que se dispersaban rápidamente. Lanzando una exclamación, se abalanzó hacia su maletín, separó un par de compresas antigás, y se las colocó ante la boca y la nariz… Sonaban gritos y pisadas veloces en el vestíbulo de la casa. Ya no se oía ni un solo disparo… La puerta se abrió de pronto, y aparecieron Marxel y Ketting, tambaleándose, pistola en mano. Los dos vieron a la vez a Erika, sentada en el suelo ante la mesa de despacho, y junto a su maletín, sosteniendo las compresas ante su rostro. Y los dos alzaron a la vez sus armas, apuntándola…

Plop, disparó Erika Schenk.

La bala dio en la garganta de Ketting, tirándolo contra la puerta, soltando un horrible chorro de sangre por el boquete y por la boca. Y justo cuando Erika disparaba contra Marxel, éste entraba con más fuerza en el despacho, empujado por la bala que le perforó el corazón, llegando por detrás.

Un instante después, cubierto su rostro con una careta antigás, Número Uno entraba como una tromba en el despacho, mirando a todos lados… Al ver a Erika sentada, pistola en mano, quedó inmóvil.

Luego se relajó, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Ella estaba viva.

Este es el final

Karl Swarchtz, director del lujoso sanatorio mental sito en las afueras de Ginebra, Suiza, había salido ya de su asombro ante las explicaciones, y asintió varias veces con la cabeza.

—Entendido, entendido… Haré todo lo posible por ese hombre, Brigitte. Usted sabe que, desde que ocurrió aquello [4], siempre he estado en deuda con usted. Siempre, para toda la vida…, porque de mi vida pudo disponer usted, y, en lugar de matarme, me dio el dinero que necesitaba para este magnífico sanatorio… Todo se lo debo a usted, de modo que haré todo lo que me pida. ¿Por qué no he de ayudar a un hombre que, como yo entonces, necesita ayuda?

Brigitte Montfort sonrió. Karl Swarchtz, algunos años más viejo, seguía siendo un hombre interesante y extraño, con aquella luz de inteligencia y de profunda bondad en los ojos. Tenía va muchos cabellos blancos en las sienes, estaba delgado, trabajaba mucho… Pero ésa era la vida de aquel hombre que, con dinero facilitado por la agente Baby, había instalado el más moderno sanatorio psiquiátrico de Suiza.

—Me alegra que lo entienda así, Karl. Ciertamente, ese hombre podía haber hecho mucho daño, pero ahora es sólo un pobre enfermo mental, que necesita ayuda. ¿Qué ganaríamos matándolo? Vamos a concederle una oportunidad de vivir, y, si se recupera, cosa que no me sorprendería, bajo su dirección, quizá consigamos encauzar su talento hacia creaciones muy opuestas a las bélicas. ¿Por qué privar al mundo de un cerebro de primera categoría?

—En lo que a mí respecta, haré todo lo posible. Y ya sabe que, para mí, Adolf Gormann será un paciente más, digno de toda mi consideración. En cuanto obtenga resultados satisfactorios, me pondré en contacto con usted… Pero esto puede tardar mucho tiempo…

—El tiempo no importa. Sencillamente, cuide de él, y más

adelante, veremos si encauzamos ese talento debidamente. Bien…

—¿Se van ya? —se decepcionó el eminente psiquiatra, famoso en el mundo entero, desde hacía algunos años.

—Si… Volvemos a… al sol y a la vida. ¡No comprendo por qué no quiso usted construir la clínica en otro lugar más… más amable, más soleado, como Grecia, o España, o las Hawaii, o…!

—Me gusta Suiza. Hay nieve, pero es un clima sano y tranquilo.

—Eso sí es verdad. ¿Podemos echarle un vistazo, antes de marcharnos?

—Por supuesto.

Se pusieron en pie los tres, mirando Karl Swarchtz a aquel sujeto alto, serio como una piedra, silencioso… e impresionante, que acompañaba a Brigitte Montfort, a quien él había conocido años atrás como Monique Lafrance, una pobre chiflada… Estos recuerdos arrancaron sonrisa a Karl Swarchtz, mientras abría la puerta. Brigitte Montfort vio aquella sonrisa, pero no preguntó nada y el eminente psiqiuatra tuvo que admitir que, simplemente, ella había adivinado lo que él pensaba. ¡Ah, aquellos tiempos lejanos y terribles…! Todo lo que Karl Swarchtz era y tenía en la actualidad, se lo debía a Baby. ¿Cómo no había de cuidar de un chiflado que decía ser el *Führer*, si ella se lo pedía?

Mientras caminaban por los amplios y relucientes pasillos, a su vez, Brigitte Montfort pensaba en el final de todo, en aquella quinta de Cannes, en aquellos rubios muchachos caídos por el césped, dormidos por el gas y aferrados a sus armas, y en los hombres muertos en la casa… En principio, la Policía francesa, que llegó cuando ya la CIA se había marchado, llevándose a Adolf Gormann en un coche, debió sentirse muy desconcertada por todo aquello; pero, desde París, pocas horas más tarde, les habría llamado «Monsieur Nez», otro viejo amigo de Baby, diciendo que él se encargaba de todo…, después de escucharla a ella, en conferencia desde Niza, naturalmente…

—Aquí está.

Brigitte parpadeó, como triturando tan suavemente los cercanos recuerdos. Karl Swarchtz había abierto la puerta de una de las habitaciones del sanatorio mental. Una habitación amplia, hermosa, con un gran ventanal… con rejas al jardín, donde se veía nieve brillando dulcemente al tímido sol. Frente a la ventana, Adolf

Gormann, en pijama, se volvió, y se quedó mirando a las tres personas que, sin entrar, le contemplaban. No las conocía… Claro que quizá no veía bien. Además, notaba la cabeza densa, como apretada… Se tocó el vendaje que rodeaba su frente, y frunció el ceño…

—Adiós, Adolf —oyó la dulce voz femenina—: buena suerte.

Entonces, Adolf Gormann sonrió, también dulcemente, y sus ojos se elevaron, en busca de aquellos lejanos sueños que ya no recordaba, que se desvanecían, que iban y venían. Y con aquella dulce sonrisa en su apacible rostro, Adolf contestó, ausente:

—Muchas gracias… ¡*Heil*, Gormann!

FIN

Notas

[1] Alusión a la anterior aventura de Baby, titulada *Asamblea mortal.* < <

[2] «Alexandria» ha aparecido en algunas aventuras de Baby, después de *El espía alemán*, en la que es personaje principal, junto con Brigitte. < <

[3] «Objektiv» significa objetivo, en alemán. < <

[4] Ver *Flores de sangre*, otra aventura de Baby. < <